

VICENTE FIDEL LÓPEZ en Córdoba.

Olsen A. Ghirardi

- * **La Revolución del 10 de Octubre de 1840.**
- * **El periódico “EL ESTANDARTE NACIONAL”.**
- * **La “ASOCIACIÓN DE LA JOVEN ARGENTINA”.**
- * **La batalla de QUEBRACHO HERRADO.**

Prólogo.

El día 13 de abril del año 2004 tuvo lugar en el histórico recinto de la Academia Nacional de la Historia, en la ciudad de Buenos Aires, un homenaje a Vicente Fidel López. Fui uno de los invitados por el señor Presidente, Dr. Miguel Ángel de Marco, y, en el transcurso del acto, escuchamos la palabra del académico Dr. Néstor Tomás Auza, que nos deleitó con una magnífica conferencia.

Al concluir la disertación, el Dr. Auza me dijo: “Usted es cordobés, ¿por qué no investiga que hizo en Córdoba el joven Vicente Fidel López?”. Confieso que, en un primer momento, no me entusiasmó la tarea, dado que mis ocupaciones y mis inclinaciones no se ajustaban a tal cometido. Pero, al poco tiempo, me dije que el tema no me era tan extraño, pues mucho me había interesado por el pensamiento de Alberdi, de Echeverría y de los demás jóvenes de la generación del '37, preocupación que generó cuatro libros escritos a lo largo de varios años.

Comencé entonces por releer la *Autobiografía* de Vicente Fidel López y, con otras lecturas, recordé que, según se consignaba, había fundado un periódico. La consulta en la Biblioteca Mayor de la Universidad Nacional de Córdoba, fue, en cierta manera negativa, ya que dicho periódico no se conservaba en el lugar. La Licenciada Matilde Tagle de Cuenca, acudió en mi auxilio, para hacerme conocer que habría sido llevado a la Universidad Nacional de La Plata, según una ficha, que, además, contenía otros datos ciertamente precisos. Se abrió así una luz. Como viajó a menudo a La Plata se completó la diligencia de la consulta en el lugar de destino y, un amigo muy diligente, el Dr. Horacio Corvalán, se ofreció para obtener la filmación de todos los números de *El Estandarte Nacional* que habían aparecido: en total doce. Así di comienzo a mi labor que hoy llevo a la luz. Agradezco, pues, de corazón, a la Licenciada Tagle y al Dr. Corvalán la intervención que han tenido en el caso.

Al concluir este pequeño libro, y tomar conciencia de la enorme importancia de la batalla de Quebracho Herrado, decidí visitar el lugar. Tenía más de un motivo. Cuando pequeño y en la adolescencia, ¡cuántas veces había oído hablar de esa batalla y de los

objetos que aun encontraban los agricultores al cultivar los campos de la región! Pero jamás había visitado el campo, a pesar de haber transcurrido algunos años de mi vida y haber cursado el bachillerato en la vecina ciudad de San Francisco de Córdoba, en el este de la Provincia.

El viernes primero de abril de 2005, partí desde Córdoba en automóvil, acompañado por mi esposa, con el exclusivo fin de conocer el lugar. Yendo por la ruta nacional número diez y nueve, rumbo hacia Santa Fe, poco antes de llegar a la ciudad de San Francisco, es preciso desviarse hacia la derecha. Una ruta también pavimentada, algo poceada, conduce a Las Varillas y, en ella, a diez y ocho kilómetros del desvío, se llega a Quebracho Herrado.

El día era bastante inhóspito y frío. La fina llovizna al caer sobre el parabrisas, se abría en pequeñas estrellas, semejando una débil nevisca. Al costado del camino, un letrero, mezquino, bastante pequeño, con signos inequívocos de herrumbre, nos dice que ahí está la población de Quebracho Herrado.

La inmensidad de nuestra pampa gringa se hace evidente. El horizonte produce una sensación de infinitud y la llovizna nos envuelve con un opaco manto. Recuerdo los versos de Domínguez, cuando describe esa misma pampa argentina de antaño:

*“.....inmenso piélagos verde
donde la vista se pierde
sin tener donde posar”.*

Se me ocurre que, transportados los versos a nuestra realidad de hoy, debieran decir:

*“...inmenso piélagos verde
donde la vista ya no se pierde
por tener donde posar”.*

Y es así. Esa inmensidad está limitada por los cercos de los campos alambrados; está punteada por las casas de los agricultores, que parecen sembradas, cada quinientos o mil metros; está poblada por las también inmigrantes vacas Holando-argentinas; y, de tanto en tanto, la vista se posa en los silos que se destacan por sus colores, plétóricos del fruto de esos mismos campos.

De la vieja laguna y bañados no quedan ni rastros. Los quebrachos también desaparecieron y sólo quedaron como testigos los postes, centinelas fieles, en una nueva misión.

Pasada la modesta población del Quebracho, con sus calles embarradas, aparece una curva y, al superarla, un letrero anuncia el lugar de la batalla del 28 de noviembre de 1840, donde las fuerzas federales de Oribe derrotaron a los unitarios comandados por Juan Lavalle. Más hacia adentro, apoyándose en un bosquecillo de eucaliptus –también inmigrantes- un letrero de igual tenor, flanqueado por otro que anuncia una “agrupación gaucha del Fortín Juan Lavalle”.

La soledad más impactante nos rodea, en ese medio, que contiene todos los tonos del verde, interrumpida sólo por el trepidar de los camiones y automóviles que surcan la ruta. No se ve, en esa tarde opaca y gris, ni un alma.

Arranqué una flor que había crecido al costado del camino, lila pálido, nutrida quizá por el abono de la carne y de los huesos de los pobres soldados muertos en la vieja batalla.

Con un sentimiento de profunda tristeza emprendimos el regreso. Al sobrepasar el pueblo, un anuncio de “salames de la colonia” nos saluda perezosamente. No pude menos que pensar en la sequía del año 1840, en el desierto que transitaban los sufridos soldados, en el hambre y la sed de los emigrados santafesinos con sus ochenta carretas, quejumbrosas y traqueteantes, en la caballada extenuada y jadeante, en la lucha feroz y encarnizada con sus dos mil muertos. Hoy, por donde sea, por los cuatro puntos cardinales, la tierra fresca y húmeda, feraz y cultivada, cultivada por los “gringos” que llegaron apenas cuarenta años después, que, del hierro de las armas, hicieron rejas del arado, y abrieron la entraña de la tierra para dejar caer la semilla generosa.

La honda tristeza nos enmudecía y envolvía en el regreso. Las palabras estaban demás, pero sabíamos que pensábamos exactamente lo mismo.

OLSEN A. GHIRARDI

14 de abril de 2005.

I. DE BUENOS AIRES A CÓRDOBA.

1. La partida.

No es muy conocida, especialmente en sus detalles, la intervención de Vicente Fidel López en los sucesos cordobeses del año 1840. Y, realmente, a primera vista, uno se pregunta por qué razón viajó a Córdoba.

Él mismo se encarga de narrar en su *Autobiografía* (1) que “el 27 de enero de ese año, de mañana, en una gran galera”, salió de Buenos Aires hacia Córdoba. Con seguridad el viaje no debió resultar muy cómodo porque esa galera llevaba doce pasajeros que, según su propia expresión, viajaban amontonados como *higos en petaca*.

Recorrer la distancia entre Buenos Aires y Córdoba demandaba varios días y, a pesar de que habían salido muy de madrugada, la noche los sorprendió en la posta La Figurita, entre San José de Flores y Morón. La famosa posta era apenas un techo y unas precarias paredes. Los doce pasajeros tuvieron que dormir todos en la misma habitación “sobre cueros extendidos en el suelo”. Es muy probable que temidos y molestos insectos, como pulgas y chinches, hayan hecho su festín con la delicada piel y la sangre de los sufridos viajeros, que así habían iniciado la aventura de la travesía.

La galera, a más de grande, por otra parte, debió salir a la ruta en condiciones impropias, pues de la narración se infiere que se había averiado prontamente y tuvo que ser *arreglada* en la madrugada del segundo día de viaje.

Nos lamentamos que Vicente Fidel López haya interrumpido su *Autobiografía* abruptamente porque ello nos ha privado de conocer los detalles de “algunas peripecias de carácter local, propias de aquel tiempo”. Su inesperado punto final nos deja en libertad para conjeturar lo ocurrido en el resto de la travesía de la gran planicie argentina.

Mientras dejamos que el traqueteo de la galera acerque a los pasajeros a su destino, cabe que tratemos de hallar respuesta a nuestra pregunta inicial. Recorriendo sus escritos pronto se la encuentra: “Ya por lo peligrosa que era la vida en Buenos Aires, para los que anhelaban la caída de Rosas, ya por lo insoportable del peso de la tiranía, las familias sindicadas y sobre todo la juventud, llena de esperanzas en un próximo sacudimiento, emigraban en masa a Montevideo”(2). Por cierto, este relato fue escrito muchos años después. Recordaría sin duda el autor que, en el año 1839, se había producido una conspiración contra Rosas, en la que participaba el joven coronel Ramón Maza; este alzamiento tenía conexión con la revolución de los estancieros, en la campaña del Sud de la Provincia de Buenos Aires (3).

Descubierto el complot por Rosas, el coronel Ramón Maza, fue fusilado y, su padre, Presidente de la Legislatura porteña, fue asesinado. Es natural que estos episodios acarrearán el pánico en las familias porteñas unitarias o sospechosas de serlo. Incluso el terror alcanzaba a los federales tibios o no suficientemente enfervorizados con el gobierno rosista. Los jóvenes, que aun no habían emigrado, fueron presa de una tremenda inquietud. Juan María Gutiérrez, Carlos Tejedor y otros fueron aprehendidos como sospechosos (4). La generación del '37 había tomado, en cuanto pudo, casi en su plenitud, la ruta hacia Montevideo.

Así las cosas, Vicente Fidel López, que no había cumplido aun veinticinco años, -por lo que nos dice- tenía un gran respeto por la opinión de su padre, el autor del himno nacional, Vicente López y Planes. De tal manera, el joven le expresó que debía emigrar o alejarse de Buenos Aires “porque corría peligro” (5). Como resultado del conciliábulo entre padre e hijo, se llegó a la conclusión de que los aires porteños no eran saludables para éste y la prudencia aconsejaba que debía partir.

Pero, por qué el destino debía ser necesariamente Córdoba, ya que Montevideo había sido la meta de la mayoría de los demás jóvenes. El propio protagonista nos da una respuesta: “Insté a mi padre, que nada presumía de esto, que me dejase ir a Córdoba...”(6). En este punto conviene señalar las razones que tenía Vicente Fidel para elegir ese destino. Al parecer no deseaba pasar a la Banda Oriental –según expresa- “por no ir a trabajar como abogado –ya que había logrado el título en 1838- en Montevideo y tener que figurar en el alzamiento unitario”. Por ese entonces, Lavalle trataba de reunir un ejército para caer sobre Buenos Aires. Pero, aparte de las razones que Vicente Fidel expuso a su padre existían aun otras, para dirigirse a tierras cordobesas. Tenía conocimiento que en Tucumán “Marcos

Avellaneda capitaneaba un gobierno revolucionario, después del asesinato del general Heredia, y sabíamos –relata- que allí y en Salta se preparaban a invadir a Córdoba para ponerse al habla con Lavalle y con el litoral” (7). Conviene añadir que el general Aráoz de Lamadrid planeaba bajar desde Tucumán hacia el sur, se apoderaría de Córdoba para ir a unirse con Lavalle que ascendía hacia el noroeste, desde el litoral, unión que, lamentablemente, debía sufrir el terrible traspíe de Quebracho Herrado, pues Oribe le perseguía pegado a su retaguardia.

En suma, este motivo era realmente poderoso, pues se suponía que Lavalle y Lamadrid, uniendo sus respectivos ejércitos, resultarían victoriosos. Nada hacía prever la derrota de Lavalle, que obligaría luego a un cambio de planes.

Por eso, para Vicente Fidel López, Córdoba era una meta ideal y no se vería obligado a dejar el país ni a emigrar al extranjero.

Pero, además, la ciudad de Córdoba representaba un gran incentivo para su vida social e intelectual. Estaría entre amigos. Veamos si podemos mostrar este cariz con alguna claridad.

En el año 1825, un joven cordobés, José María Lozano, hijo de Narciso Lozano y Teresa Zamallón, que, a la sazón tendría unos doce años, fue llevado a Buenos Aires por su tío Mariano. Aquí, ese niño intimó con Vicente Fidel López, y se hicieron grandes amigos, pues tenían casi la misma edad.

Más tarde, toda la familia de Narciso Lozano se trasladó a Buenos Aires, pues la prisión del general Paz hacia el año de 1832, le hacía desagradable la estancia en la capital cordobesa, ya que los hermanos Reynafé, asumieron el dominio de la provincia (8).

En ese entonces, la política nacional era manejada por el gobernador López de Santa Fe, Juan Manuel de Rosas y Facundo Quiroga. La presión ejercida por ellos, especialmente de los dos primeros, logró que la Legislatura cordobesa designase gobernador a José Vicente Reynafé(9).

Instalada la familia Lozano en Buenos Aires tuvo acceso al círculo social que frecuentaba Vicente Fidel López. Por cierto, lo que agradaba al joven López era la franca atracción que la mencionada familia ejercía en el ambiente, dado que, aparte de José María, tenía siete hijas: Victoria, Juana, Clara, Francisca, Carmen, Manuela y Teresa. Una de ellas, Clara, por lo demás, casó con Manuel Ocampo en 1832, quien se estableció en Córdoba como comerciante y, desde ahí, tuvo un frecuente intercambio comercial con sus colegas porteños. Manuel Ocampo alcanzó muy pronto un gran prestigio en su profesión y

se decía que era el favorito, en el interior, para los introductores ingleses de mercaderías. El amor de su novia, luego su esposa, Clara Lozano, le afincó en Córdoba.

Vicente Fidel López, pues, se vinculó fuertemente con la familia Lozano radicada en Buenos Aires, a raíz de su íntima amistad con José María Lozano, e indirectamente con los Lozano todavía radicados en Córdoba y con la familia Ocampo-Lozano. No sólo de todos ellos, sino también con las familias Plomer, Molino Torres y Manuel Ocampo, cuyo padre de este último, también de nombre Manuel, vivía en Buenos Aires (10).

En su *Autobiografía* Vicente Fidel nos anoticia también que los Lozano vivían en Buenos Aires frente a la casa de Juan Manuel de Rosas, y, desde sus balcones, presenció el suntuoso entierro de doña Encarnación Ezcurra, la esposa del Restaurador, en el año 1838 (11).

Entre las jóvenes de las familias que hemos mencionado se contaba la prometida de Vicente Fidel, quien no la individualiza en sus escritos, pero añade que –el romance debió ser muy serio- ella “se había quedado con su padre” para despedirse en el instante de su partida (12), pues “la familia Ocampo se había ido a la estancia de Plomer” (13).

También, como muestra del optimismo reinante acerca del próximo fin del gobierno de Rosas, Vicente Fidel estimaba que tanto su “novia y su propia familia estaban convencidas de que su ausencia sería cosa de dos meses”

(14).

Los acontecimientos acaecidos con posterioridad habían de demostrar que el destino anhelado por el emigrante no tendría a Córdoba como meta final. La victoria de Oribe sobre Lavalle en la Provincia de Córdoba, en la batalla de Quebracho Herrado, haría que Rosas permaneciera en el poder doce años más. Córdoba, para nuestro joven, sería sólo la primera etapa del destierro voluntario. Chile sería un posterior destino que lo cobijaría más tiempo.

2. El movimiento revolucionario del 10 de octubre de 1840 en Córdoba.

Llegado a Córdoba, Vicente Fidel López se puso en contacto con los Lozano y los Ocampo. Si bien él no lo aclara expresamente, cabe así conjeturarlo, pues el periódico que fundaría en el curso del año, se vendería en el almacén de Bernabé Ocampo, hermano de Manuel, el esposo de Clara Lozano, según consta en la primera página.

De acuerdo a cálculos efectuados razonablemente, que surgen de la propia *Autobiografía*, Vicente Fidel se encontraba ya en Córdoba al comenzar el mes de febrero del año 1840.

Los cordobeses, a tenor de los acontecimientos ocurridos, eran gobernados en esa época por don Manuel López, quien había tomado posesión del gobierno, gracias a la autoridad de Rosas y a la conformidad del gobernador santafesino, también apellidado López, luego del asesinato de Quiroga en Barranca Yaco. La gestión de gobierno había comenzado el 30 de marzo de 1836 y se prolongaría hasta la revolución del 27 de Abril de 1852, es decir, duraría un período de diez y seis años. Por cierto, se debe excluir el breve paréntesis de la llamada revolución unitaria del 10 de octubre de 1840, en la que participó Vicente Fidel, cuyo tratamiento nos ocupará desde este instante.

En el Norte, en ese mismo año de 1840, se preparaba un ejército para ir hacia el corazón de nuestro país, con el objeto declarado de libertar a los pueblos y darles una constitución nacional. Lo dice el propio general Gregorio Aráoz de Lamadrid, en sus *Memorias*, que, además de la provincia de Tucumán, era secundado por las de Salta, Jujuy, Catamarca y la Rioja. Enfatiza que “como el gobernante de esta última Provincia me instaba para que me moviera pidiéndome instrucciones y órdenes, lo mismo que el de Catamarca, pude al fin después de haber salido a visitar y hablar a los escuadrones de la campaña, que encontré a todos entusiasmados y prontos a seguirme; pude, digo, arrancar con una división de 150 infantes cívicos, cuatro piezas de artillería contra el gobierno de Córdoba, en cuya Provincia contaba yo con algunos operadores” (15).

Sigue diciendo Lamadrid que “se tomaron todas las medidas necesarias para dejar asegurada la Provincia (Tucumán) contra las tentativas del gobernador Ibarra, de Santiago del Estero, y del mismo Gutiérrez que se había reunido con los pocos oficiales y soldados que le siguieron. Antes de salir se había dado aviso al general Lavalle en Entre Ríos, del pronunciamiento de las cinco provincias del norte, y que debía yo moverme inmediatamente sobre Córdoba con un ejército formado por todos ellos”.

Por otra parte, la provincia de La Rioja, con el general Brizuela, se pliega a la operación que dirigía Lamadrid.

Al acercarse el general Lamadrid a Córdoba dividió su ejército en dos columnas: una que entraría por Santa Catalina, mientras que la segunda, al mando del coronel Aparicio, debía entrar por San Roque. Ya se estaba en el mes de octubre de 1840. Para evitar derramamientos de sangre, Lamadrid intimó a las autoridades de la Provincia para que “dejase al pueblo en plena libertad para que eligiese su Gobierno”.

Además, envió al Coronel Salas a ocupar el fuerte del Tío, en el este cordobés, por donde entraría Lavalle.

En el interín, las autoridades de la provincia de Córdoba, luego de la intimación recibida, abandonaron su puesto, y la población hizo su revolución de manera formal el día 10 de octubre (16). Textualmente, explica Lamadrid: “Cuando entré a Córdoba, y aun antes de mi llegada, había dirigido mis partes al General Brizuela, gobernador de la Rioja” (17).

A su vez, el pueblo de Córdoba, en estado socialmente efervescente, se preparó para recibir a Lamadrid al frente de sus tropas y, ante la ausencia del gobernador Manuel López, “nombró provisoriamente” Gobernador al joven doctor José Francisco Álvarez (18).

Hubo en todos estos episodios, situaciones política y socialmente confusas, y es muy probable que el pueblo pasara por momentos de terror y angustia. No todo era miel sobre hojuelas para los ciudadanos cordobeses y el ejército invasor. El gobernador López no opuso resistencia y aun pudo fugar con alguna comodidad y, en el seno del ejército de Lamadrid, hubo instantes de indecisión, agravados por la deserción de más de cincuenta hombres en la noche del primero de noviembre en que el General verificó su salida de Córdoba para dirigirse al este. Los soldados desertores habían regresado a La Rioja, de donde eran oriundos. Estos episodios causaron un gran desaliento en las milicias y en el pueblo todo de Córdoba (19).

II. EL PERIÓDICO “EL ESTANDARTE NACIONAL”.

Mientras se preparaban todos estos acontecimientos, ¿cuál había sido la actividad cumplida por nuestro joven Vicente Fidel López? Desde febrero de 1840 hasta el 10 de octubre, se había preocupado por hacer conocer en Córdoba el pensamiento de la generación del '37. La llamada por algunos “revolución unitaria” fue un episodio previsible para los jóvenes cordobeses con quienes tomó contacto.

Sabemos que, por su parte, Alberdi y muchos jóvenes habían emigrado desde Buenos Aires a la Banda Oriental, y ahí profundizaron sus ideas y se fundó el periódico *El iniciador* de Montevideo. Más todavía: el primero de enero de 1839, Alberdi publicó el *Dogma Socialista*, en ese periódico, con las famosas “Palabras simbólicas”, seleccionadas y explicadas por Esteban Echeverría, a las cuales Alberdi había añadido una más.

Imbuido Vicente Fidel de las ideas que profesaban los jóvenes de la generación del '37, las hizo conocer en Córdoba (20).

En nuestro libro, citado en la nota anterior, decíamos que al dejar los jóvenes la ciudad de Buenos Aires la dispersión “multiplicó las ideas”. Pero, con anterioridad a esa dispersión, ellos habían pasado a la clandestinidad en el propio Buenos Aires, como precaución ante la actitud de Juan Manuel de Rosas y habían fundado una entidad denominada *La Joven Argentina*, que, más adelante, tomaría el nombre de *Asociación de Mayo* (21).

En función de esa obligación que tenían los jóvenes para con los demás compañeros y para consigo mismo, Vicente Fidel constituyó en Córdoba, una filial de la citada *Joven Argentina*. En esto no hizo sino difundir el movimiento iniciado en Buenos Aires, que tuvo, como principal gestor a Esteban Echeverría. Por cierto, la idea no era original, pues se había inspirado en la acción europea desplegada por Giuseppe Mazzini (22).

He aquí, entonces, que Vicente Fidel López, en Córdoba, quiso propagar y lo hizo, el pensamiento generacional. De ahí que, con ese propósito, y para afianzar y esparcir aun más sus ideas y las de la revolución cordobesa de ese año, fundara el periódico *El Estandarte Nacional*, cuyo primer número vio la luz el 24 de octubre de 1840.

Si analizamos el material que tenemos a la vista, es decir, los números filmados de los originales del periódico de que se trata, advertimos que se editaban dos números semanales (sábados y miércoles). En el frente, y como primeras palabras, se estampa la consigna fundamental: “Libertad, Constitución o Muerte”. Se aclaraba, como forma de guiar al lector, que el periódico pretendía tratar temas políticos, literarios y mercantiles. Por otra parte, se ofrecía en venta en el almacén de Bernabé Ocampo y en el de Vicente Requena.

El periódico se imprimía en la imprenta de la Universidad. En ninguna de las apenas dos páginas de que constaba, a tres columnas, aparece el nombre del fundador y editor Vicente Fidel López. En el ejemplar original alguien escribió a mano: “Redactor el Dr. Vicente Fidel López”. Quienes se refirieron a este punto, por unanimidad, han coincidido que a él le correspondió el peso fundamental de la tarea y fue él quien encabezó la guerra de las plumas entre Córdoba y la rosista porteña Buenos Aires. Aparecería desde el 24 de octubre hasta el 2 de diciembre de 1840.

Haremos, ahora, una descripción del contenido de los doce ejemplares que aparecieron.

Número uno.

El número uno apareció el día 24 de octubre de 1840, es decir, catorce días después del movimiento revolucionario que designó Gobernador provisorio al Dr. José Francisco Álvarez.

Un artículo titulado *Prospecto*, que abarca una columna y media, enuncia los fines que persigue el nuevo medio de comunicación. Explica la razón del título con que se anuncia. Textualmente expresa: “Bajo el *Estandarte Nacional* haremos la guerra al renegado tirano que todo lo abomina; y bajo el estandarte nacional lucharemos por cimentar el imperio de las leyes y de la libertad”.

Sería ingenuo no inferir que el objetivo fundamental era el apoyo al nuevo gobierno de octubre, bajo cuyo signo ese mismo gobierno y el pueblo lograron la libertad y la restauración del honor, según enfáticamente proclaman los defensores “de la nueva causa”.

Las circunstancias son tales que, vistas desde las perspectivas de los nuevos gobernantes, y, especialmente, desde el propio Vicente Fidel, “el día diez de octubre –lo

dice con todas las letras- estampó en las páginas de la historia argentina, como día de *regeneración y libertad*” (el resaltado es nuestro). Estas dos palabras representan el significado cabal con que se expresa el sentimiento del instante histórico. ¡Libertad! ¡Regeneración! Libertad para manifestar los ideales de la nueva generación, que ansía constituir el país de manera racional y según el grito que ha surgido espontáneo para que no haya sojuzgados en ningún rincón de esta tierra. Regeneración para asumir el debido gobierno, adecuado a los tiempos en que el pueblo todo debe intervenir en las diversas fases del ejercicio del poder”.

Sin embargo, en sus palabras iniciales, el periódico deja muy en claro que el diálogo con que los jóvenes intentan comenzar su ingreso a la deliberación para elegir la forma de gobierno, se considera –a la sazón- imposible. Si no hay diálogo entre unitarios y federales, si no hay diálogo entre los diversos partidos o facciones, sólo puede haber la violencia. El periódico, como “estandarte nacional”, enarbola la bandera de la constitución que se propugna. La otra alternativa es la lucha a muerte, es la lucha de exterminio del adversario, lucha que difícilmente admita prisioneros. La palabra *muerte* no ha sido escrita en vano; representa una realidad nacional y está en el programa de los caudillos y los políticos del momento. Sangre. Sin concesiones. La intransigencia es el plan del futuro.

Esa actitud del gobierno provisorio de Córdoba, ha magnificado la fecha vivida y ha sobredimensionado los acontecimientos. El diez de octubre no marcaría, a la postre, como escribe Vicente Fidel López, las páginas de la historia argentina, como día de regeneración y de libertad en el sentido expresado por él. El grito de guerra “contra el tirano de Buenos Aires”, sería prematuro y habrían de transcurrir aun doce años más antes de su caída.

El Estandarte Nacional encarnaba y representaba toda la opinión pública cordobesa –así lo pretende el joven periodista- y no cobija intereses personales, ni facciones, ni dudosos ciudadanos. El periódico trata de representar, como órgano de la opinión pública, la corriente cuerda y sensata, en orden y libertad, para que el país encuentre el sendero de la constitución. En su mérito, era preciso sacrificarse para lograr y “conservar la libertad”, que se había adquirido con tanto esfuerzo.

El proyecto concluye con una enfática confesión y no menos enfático llamado al pueblo argentino y no sólo de la provincia mediterránea. Así destaca: “¡Confianza argentinos! Con ese estandarte trozamos un día un yugo endurecido por tres siglos; y con ese estandarte reventamos en otros días, la miserable estopa con que un imbécil se había

propuesto encadenarnos”. Otra necesidad que tratarán de llenar en lo posible los Editores de este periódico, es de reflexionar mucho sobre la “mejora de nuestras ideas y de nuestras costumbres. Recordaremos siempre al pueblo que no ha sido esclavo diez años, sino porque sus costumbres y sus ideas políticas no eran las que se hubieran necesitado que fuesen para defender la libertad: por esta razón tendrá cabida en las páginas del *Estandarte Nacional*, toda idea científica y literaria que tienda a la ilustración; sus editores nunca olvidarán, que el medio más seguro de remover las raíces de la tiranía y de promover un brillante porvenir para el país, es civilizar, civilizar y civilizar”.

Quizá sería bueno recordar que, para juzgar estos hechos y, especialmente, el léxico y las duras palabras con que se califica a Rosas, que la provincia de Córdoba había conocido tiempos mejores. La sublevación de Arequito, del ejército auxiliar que bajaba desde el Norte, ocurrida el 7 de enero de 1820, había colocado en el gobierno a Juan Bautista Bustos, en cuya época, la Asamblea de la Provincia, el día 18 de marzo de ese mismo año, había establecido que la Provincia “reasume su propia soberanía” y, al año siguiente (10 de enero de 1821) se había dictado el “*Reglamento provisorio para el régimen y la administración de la Provincia de Córdoba*”, que redactaron los Dres José Gregorio Baidorri y José Norberto Allende (23).

Ése había sido un paso positivo para organizar jurídicamente esta región del centro del país, cuyo beneficio, por cierto, había sido apreciado por la generalidad de la población. Mostraba que no se estaba bajo el poder omnímodo de un caudillo, sino que se quería gobernar de acuerdo a una ley que todos los ciudadanos, incluso el propio gobernador y demás autoridades, debían respetar. Por otra parte, era un ejemplo para que siguieran las demás provincias del país.

La triple presencia de la palabra *civilizar* con que finaliza el artículo editorial es un signo evidente de la voluntad de Vicente Fidel López para manifestar el espíritu de la generación del '37, que debía ser conocido en la región mediterránea del país.

El artículo que sigue al “prospecto”, inserto también en el número uno, del 24 de octubre de 1840, lleva como título el vocablo “regeneración”. Un asterisco, que conduce a una nota de pie de página, nos alerta que los editores, bajo tal epígrafe, se proponen “editar una serie de artículos donde –se dice- haremos la historia de todos los movimientos verificados en la República, y que han tenido por objeto derrocar al tirano”.

Este proyecto evidencia con claridad que el pensamiento que inspira a Vicente Fidel López es la lucha franca, por todos los medios, contra Juan Manuel de Rosas. El vocabulario –ya lo hemos dicho- se muestra duro, explícito y osado y no deja duda que el diálogo ha sido totalmente descartado. Solamente hablarán las armas. La fuga del gobernador cordobés López –revela que no había preparado defensa militar alguna-, la entrega de la provincia a las tropas de Lamadrid que se acercaban, por una parte, y, por la otra, el avance del ejército de Lavalle, que penetraría a la provincia de Córdoba desde Santa Fe, magnifican la jornada del 10 de octubre de 1840, a los ojos de los jóvenes cordobeses, aglutinados en la hora que se aparece como brillante, y da alas al emprendimiento de Vicente Fidel López, a tal punto que se distorsiona en el imaginario de los jóvenes la proyección futura del plan que los alienta.

El diálogo, es evidente, ya no existe. Se comienza a escribir ya la historia con velocidad vertiginosa, que la realidad inmediata agiganta y la imaginación de los autores transporta con la pasión idealizada. De ahí que la consigna sea la de “libertad, constitución o muerte”. Nos repetimos para volver a reafirmar que el último vocablo implica el aniquilamiento del contrario. Las palabras rivalizan con las del adversario, que más que tal, es enemigo. Los dos no caben en el país. La lucha de exterminio es primitiva, salvaje, sangrienta. No hay piedad. El extremismo encefalece, actitud que en el siglo XX, en su segunda mitad, mostrará todavía nuestro pobre país. La fecha del 10 de octubre es saludada por Vicente Fidel de tal forma que –según opina- “será aplaudida en todas partes donde el patriotismo tenga simpatía”.

En esa atmósfera, Lavalle es el *Libertador*, y Rosas es el *infame*. Los correntinos son recordados como los que no se humillaron ante el *déspota*: “la constancia y capacidad incomparables con que Lavalle se consagró a la defensa de la opinión de la Patria: el ejemplo de Tucumán, Rioja y demás provincias libres habían debilitado el prestigio del poder con que oprimía el tirano, y Córdoba se avergonzaba ya de sufrirlo”.

La mención de los mártires de la causa inflama el verbo de Vicente Fidel y, después de hablarnos del derramamiento de sangre, de los cadalsos, de las cárceles sufridas y de las miserias de las proscripciones, con nombres propios, se remite a la iniciación de la campaña de Lavalle que, desde la Banda Oriental, invade Entre Ríos.

La enfervorizada prosa de Vicente Fidel López concluye que “el pueblo se resuelve a ser libre”. Nos habla del “inmenso número de ciudadanos de todas clases que los rodea (se incluyen las tropas que ingresan a Córdoba) y marchan sobre la plaza mayor”.

Los gritos claman: “¡Viva la libertad!, ¡Viva la Patria!, ¡Viva el general Lavalle!, ¡Muera Rosas, el más vil de los tiranos! , ¡Viva el general Lamadrid!”.

Y, he aquí el párrafo más simbólico: “Como por encanto imprevisto aparece en todos los sombreros la insignia nacional, la insignia celeste de Mayo. Todos los ciudadanos al verse con ella corrían unos a otros y se abrazaban, jurándose perecer antes de abandonar la preciosa conquista que en aquel instante acababan de hacer. No fue preciso disparar un solo tiro, el solo ceño del pueblo bastó para ahuyentar a sus opresores. La más brillante juventud cubría armada las calles de la ciudad”.

Vicente Fidel insiste en el hecho de que la juventud de Córdoba había participado activamente en el acto que se estimaba como revolucionario. Nos relata cómo la multitud destruyó a lanzadas el lema que rezaba “Federación o muerte” y que adornaba la casa de gobierno del ex-gobernador López.

En su relato manifiesta también que, luego de apoderarse de la ciudad, toda la población reclamó la designación como gobernador del joven ciudadano, Don José Francisco Álvarez. Adelantemos que este joven abogado integraba como presidente la filial de la *Joven Argentina* que había creado Vicente Fidel López al llegar a Córdoba.

Convocada la Asamblea para designar gobernador, ese mismo día 10 de Octubre, que fue presidida por el señor Cayetano Lozano (pariente de los amigos de Vicente Fidel) fue nombrado en tal carácter el propuesto Álvarez. Y es aquí donde Enrique Martínez Paz, en la obra que ya hemos citado (24) nos alerta: “Si se exceptúa el breve período del gobierno revolucionario de Álvarez, en el que apareció bajo la dirección esclarecida el periódico *El Estandarte Nacional*, no hubo sino defensores de la causa de la *santa federación...*”

Las palabras de Vicente Fidel parecen exageradas a la luz de lo que ocurrió después de Quebracho Herrado y del sereno juicio de Martínez Paz, pese al calificativo de “la esclarecida dirección” del famoso periódico. Volvería López, ya como López Quebracho, después de la batalla que Oribe ganó, a su sillón de gobernador y...aquí no pasó nada. La ”revolución” del 10 de Octubre había durado lo que un suspiro.

Los entusiastas jóvenes “revolucionarios” habían medido con excesivo optimismo la jornada que creían memorable.

Que nadie pudo imaginar ni por asomo el resultado de la batalla que tarde o temprano Lavalle tenía que empeñar con las fuerzas de Oribe, lo da el tercer artículo del periódico titulado “Destino de Manuel López, ex-gobernador de Córdoba”, que adorna la segunda página del periódico. Según las afirmaciones del autor, el fugado López en su huida se dirigía hacia Buenos Aires y se atrevía a profetizar que “caerá su cabeza antes de arribar a aquella ciudad”. Pero si no fuera así, supone que “a los cargos infames que puede hacerle el Restaurador, el renegado, el malvado Rozas –los calificativos no se ahorran nada tiene que contestar con que pueda satisfacerlo”. Este López no había, en efecto, establecido la mazorca en Córdoba, no había degollado a todos los unitarios como lo hizo con el Coronel Echeverría, el Coronel Haedo, el Coronel Albarracín, Navarro, Rodríguez, Martínez Usandivaras, Carranza y otros”. Y la ironía continuaba: “Así López no había pagado las soldadas, pese a las grandes contribuciones que recibía la provincia de sus habitantes, ni tuvo la diligencia de apropiarse de las propiedades de los unitarios. Además, se fugó precipitadamente y, en definitiva, no había trabajado “ni para Dios ni para el diablo”.

Por lo que sigue a continuación cabe señalar que, en el espíritu de Vicente Fidel, los Reynafés (sic) habían mandado asesinar al General Quiroga por orden de Rosas, y, luego, murieron a sus manos porque “importaba guardar el secreto”. Y, finalmente, Manuel López sucederá a los asesinos para no ser sino un “esclavo del tirano”.

El número uno del periódico publicó también documentos oficiales, todos ellos encabezados con el lema “Libertad, Constitución o Muerte”, firmados, en un caso, por Gregorio Aráoz de Lamadrid, en otro, por el nuevo gobernador José Francisco Álvarez y aun el acta de la designación de éste en la Asamblea del 10 de Octubre, signada por su presidente, don Cayetano Lozano.

Número dos.

En el número dos que ve la luz el 28 de octubre, se insertó a modo de editorial, un artículo titulado *Residencia*, en el que se sostiene que “en treinta años que llevamos de revolución, no ha tenido lugar la observación de las formas que al efecto ha prevenido la ley”. “La residencia –asevera Vicente Fidel- es la única garantía para el Estado, de que sus rentas serán bien administradas; y es, también el único medio de que

puede valerse el que ha obrado bien, para justificar su conducta ante sus conciudadanos”. En el caso del ex-gobernador López –sigue diciendo- existen “pruebas irrefragables que hay contra él”, lo cual hace más indispensable el “juicio de residencia a que debe ser llamado”. Finaliza su exposición analítica con el siguiente lapidario párrafo: “Si esto se lleva a efecto, como debe esperarse, ya se repetirá mañana, y esta medida justa y ejemplar, será fecunda en bienes para el porvenir; habrá más libertad y se respetarán las propiedades; no se exigirán sacrificios a los ciudadanos sino cuando la patria esté en peligro, y aun entonces, será pública la marcha del gobierno”.

En segundo lugar un *Boletín del Ejército Libertador* (así se denominaba el ejército de Lavalle), comienza dando cuenta de su desembarco en las playas de Buenos Aires. Recuérdese que este general había formado un ejército, en la Banda Oriental, para combatir militarmente a Rosas.

Se describen con bastante detalle los movimientos de las tropas de ambos bandos. En el caso del Libertador, el 5 de agosto, las legiones de Abalos y Rico, con un total de mil hombres, ocuparon la barranca de San Pedro, de tal forma que “el enemigo fue obligado a abandonarla”. Por su parte, en el ejército rosista, Pacheco y López –¡cuántos López tenemos!- están a la cabeza de un mil doscientos hombres. No hay batallas formales, y Lavalle, necesitado de aumentar su caballada, se hace de quinientos caballos sueltos al llegar a la estancia de Linares. Se temía que Pacheco podría atacar, pero –se aclara- que “nuestros soldados esperaban todavía el ataque cuando la columna de Pacheco, ya estaba derrotada”, con lo que la “derrota de Pacheco nos hizo dueños del país entre el Arrecife y el Arroyo del Medio”.

El Boletín narra los distintos movimientos realizados en las vecindades del río Luján, la guardia de Luján, y el fortín de Areco. Se pone de resalto –no sin alarma- que Pablo López había invadido la campaña del Norte y que a Oribe se le debía incorporar una columna del ejército de Echagüe.

El texto se interrumpe y con un “continuará” promete proseguir la narración más adelante.

Es evidente que este Boletín hace conocer los hechos ocurridos en el invierno del año 1840 (mes de agosto) y prevenía a la población cordobesa sobre la batalla que necesariamente tendría lugar más adelante, ya avanzada la primavera, entre ambos

ejércitos, esto es, el de Oribe y el de Lavalle, batalla que dirimiría el destino inmediato del país.

En la segunda página de este número dos, se insertan decretos, proclamas, dirigidas éstas últimas, al gobernador de la provincia de San Luis, al comandante de la frontera sur de Córdoba, y al propio Río Cuarto, documentos que firma el gobernador provisorio José Francisco Álvarez, cuya firma es refrendada por José María Fraguero.

Consta también la transcripción de una nota –que se habría interceptado- del ex-gobernador Manuel López, donde éste evidencia que no está ocioso ni prosigue su fuga y que se propone replegarse a Cruz Alta “con la poca fuerza” que tiene. Confía, según su párrafo final, ser auxiliado por las provincias amigas, cuya cooperación no pone en duda.

En un pequeño aviso final –apenas seis renglones- el periódico solicita más calma a los lectores impacientes y críticos. Se infiere de ello que el público habría advertido algunas omisiones en el artículo del primer número titulado “Regeneración”. El editor promete continuar con el tema en artículos futuros.

Número tres.

En el número tres del 31 de octubre de 1840, encabeza el periódico una relación titulada *El Estandarte Nacional*, que se limita a dos interrogantes: “¿Qué se le debe a Rosas?. ¿Qué intenta su facción?” Con un asterisco, Vicente Fidel López llama la atención sobre el apellido de Rosas, ya que –según dice- debiera escribirse Rosas (con la letra zeta) y así lo hace él cuantas veces lo nombra, pues ésa es la verdadera ortografía del apellido. “Ha querido sin duda –señala Vicente Fidel – destruir la analogía que hay entre ese apellido y su carácter, siguiendo el plan de alucinamiento que tan desvergonzadamente ha entablado”. Hace notar que quiere presentarse con la belleza de las flores (rosas) y así viene gobernando el país desde hace diez años. Pero lo que debe destacarse es que ha dispuesto de inmensos recursos y de no menos inmenso poder, después de haber acallado todas las voces contrarias a sus designios. La guerra civil que envolvió al país –sigue explicando- tuvo como objetivo aniquilar a todos sus enemigos y destruir en forma absoluta al partido unitario”. El adjetivo *depravado* con que ahora lo califica quería expresar una actitud que iba más allá del aniquilamiento puro y simple. Afirma que,

además, exigía una sumisión servil, so pena de hallar a los ciudadanos “reos de Estado”, “enemigos de la Patria”, “enemigos del orden”. Textualmente dice: “El *infame* tirano ha castigado como delitos públicos sus enemistades personales, usando en beneficio de su atroz tiranía el poder que la Nación le había conferido tan sólo para defender sus libertades”.

Los párrafos de Vicente Fidel López caen como martillazos, uno tras otro, sobre el yunque execrado. Así, para mayor especificación, le imputa la intención de “imponernos por fuerza sus caprichos, sus ideas y sus intereses, como necesidades e intereses públicos; en una palabra ha querido obligarnos a confesar humildemente, que su persona es nuestra única patria, su capricho nuestra única libertad y su tiranía nuestro único interés”.

El verbo de Vicente Fidel López se hace hiriente, inflexible y rico en adjetivos con que abomina de las arbitrariedades, muertes y proscripciones que enlutan al país, a la par que la conducta del gobernante no respeta garantía alguna y se constituye, a la postre, en el enemigo de toda la sociedad.

Los juicios críticos contra Rosas se multiplican. López le acusa de asesinar personas, destruir. Los más dignos e ilustrados emigran. Los extranjeros –en el análisis de cargos que se efectúan- huyen, los libros desaparecen, las ideas, el pensamiento y sus expresiones quedan a merced de sus caprichos. Y como si estas acusaciones no fueran suficientes añade: “Pero mientras este malvado agente, este sistema de destrucción contra los pueblos, todos vemos también que él y sus viles esclavos se hacen dueños de los bienes del erario público, adquieren grandes y extensas propiedades, y si los pueblos se humillan, si no volvieren en sí, Rosas y sus satélites llegarían a ser los amos absolutos del país”.

Al idioma castellano no le alcanzan los adjetivos para denostar la conducta del tirano que se hace perversa y propia de “un animal funesto, cuyo corazón tiene instintos más carnívoros que los del tigre mismo”. Nada ha restaurado, salvo “millares de cadalsos” para castigar el patriotismo, la honradez y la virtud.

Y, en un párrafo, a manera de síntesis, califica a su administración que se caracteriza por “ser más sanguinaria y voraz”, que ninguna otra, y ejemplifica: “ahí están la *mas horca*, en Buenos Aires, el forajido Pablo López en Santa Fe, el apóstata excomulgado Aldao, fraile corrompido, Gobernante salteador; ahí están los tiranuelos estúpidos Ibarra y Manuel López, y los otros de la infame y abyecta pacotilla”. Y entre signos de admiración le apostrofa: “ ¡Tirano canalla!, ¡Hipócrita imbécil!, ¡Presumido

ridículo!”. “Los rincones de su perversa conciencia te hacían aparentar el grito con seriedad: ¡Viva la Federación! Creyendo que los pueblos no habían de comprender que te reías de la federación, y que sólo gritaban ¡Viva mi tiranía!. ¡Desengáñate miserable!. Los pueblos te han quitado ya todo pretexto; no quieren la federación ni quieren unidad, lo que quieren es *constituir el país y sus leyes* (la cursiva es nuestra); y lo que antes de todo desean es hacerte expiar como mereces tus crímenes y tus asquerosas mentiras”.

Difícil es encontrar una página más estremecedora que ésta, con sus tres columnas pletóricas de calificativos y que probablemente nadie podría superar, en el análisis pormenorizado de un periódico, acerca de los delitos, irregularidades y faltas que a Rosas le endilga.

Tampoco olvida Vicente Fidel el aspecto religioso-político al expresar que Rosas fue “el destructor de nuestra prosperidad, el asesino de los pueblos, el carnicero de las familias” y que “violó los altares de Dios, colocando en ellos su imagen odiosa”.

La filípica de nuestro periodista, insiste en alabar la fecha del 10 de octubre, que, en ese día, “600 trabajadores industriosos, formando el batallón virtuoso de “Cazadores de la Libertad”, juraron odio eterno a ese “inicuo tirano”. A ellos se sumó la juventud y todos los ciudadanos visibles, que tomaron parte activa en aquel “feliz pronunciamiento”, como así todas las familias y, para rematar el argumento, se pregunta: “¿Cuántos son los que han emigrado?”. Y él mismo responde: Sólo queda “una media docena de hombres corrompidos, sin ley a la Patria y sin amor a la libertad; y quizá no tantos”.

Sin embargo, el entusiasmo de Vicente Fidel López, en su nublada perspectiva histórica, no tenía presente los horrores que había sufrido la población cordobesa desde 1810 hasta ese 10 de octubre de 1840. ¡Cuántos atropellos, cuánta sangre vertida, cuántos degüellos (o decapitaciones) y cuántos fusilamientos! La población periódicamente se sumía en el espanto, en el casi permanente espanto. ¿Quién no recordaba las batallas de La Tablada y Oncativo y sus consecuencias para los vencidos y los sospechosos de adversarios? ¿Quién no recordaba cómo fue boleado el caballo de Paz, y las represiones que siguieron?

Todo era endeble y provisorio y sujeto a constantes cambios, y así lo sería por varios años más, pese a las manifestaciones entusiastas de nuestro López. El terror y el espanto sumergían las ideas políticas, cuando no las aniquilaban, en gruesos sectores de la población. Saltar el cerco o la fosa, para conservar la vida o los escasos bienes, se había

constituido en una necesidad vital. Para los más, lo único que contaba era la supervivencia, y más cuando venían degollando “con cuchillo mocho”. Aunque parezca increíble, en algunos casos, las tolдерías fueron un asilo para quienes querían conservar la vida, ya que no los bienes. El fiero cacique indio pudo ser el alma buena que protegía al que huía de la “civilización”. Esto explica el clamor de López cuando escribe tres veces el vocablo “civilizar, civilizar, civilizar”, para poner punto final a su arenga.

Tanto colorados y celestes se repartieron con generosa usura culpas propias y ajenas, mientras partidas de ambos bandos asolaban ciudades y la extensa campaña. Las huestes de Atila pudieron ser detenidas con una voz, pero las nuestras, no.

Como consecuencia, la hierba demoró su crecimiento cuarenta años, cifra que, si bien no es mucho tiempo en la vida de una Nación, significó una eternidad para mantenerla sumida en las calamidades de ese siglo.

Y, a todo esto, finalmente, los colorados alumbrarían un modelo que cada vez, con los tiempos, se haría más unitario. Y los celestes aceptarían el modelo federalizado. A la postre, primero ríos de sangre; después, océanos de tinta. Ahí se mezclaron las ideas y el caudillismo, primero con la espada y luego con la pluma y, en todos los casos, con gran dosis de desmedido afán de poder.

Pero, volvamos a nuestro López. No oculta el odio mortal que separa a unos de otros. Y apostrofa: “No reclamen libertad ni garantías para trabajar en restablecer el yugo del monstruoso Rozas, porque esto es un crimen enorme y un crimen se debe castigar y no permitir”. Con ello, Vicente Fidel había descubierto que la libertad es siempre limitada, pues no debe haber libertad para luchar contra la libertad.

Y otro pecado capital que nuestro López le endilga a “la odiosa facción del tirano feroz” es el aniquilamiento de la gente industriosa, la juventud ilustrada y el designio destructor de las familias y el querer “degollar sus cabezas para robarles los bienes”. Por último, sostiene que Rosas quiere “hacer desaparecer todos los hombres visibles y honrados, para despotizar sin resistencias”. Concluye con unos llamados, dignos de toda su filípica, que habrían honrado al mismo Demóstenes: “¡Alerta ciudadanos virtuosos!. ¡Alerta magistrados del pueblo libre!. Es necesario reprimir este canallage (sic). Ha llegado el caso de mostrar que no hemos de sufrir más vándalos; que somos fuertes porque somos patriotas y unidos; y que sabemos poner precio a los malvados”. Aquí se detiene, exhausto y satisfecho.

Mientras tanto, las fuerzas de Lamadrid avanzan con rumbo al este, al encuentro de Lavalle. Han acordado reunirse en un lugar cercano al Tío. Por su parte, Lavalle avanza desde la provincia de Buenos Aires y Santa Fe en dirección al punto del encuentro, ubicado en la provincia de Córdoba. Pero Lavalle no ignora que el ejército que conduce Oribe, el general al servicio de Rosas, le está pisando los talones; por eso, trata de demorar la batalla para unir sus fuerzas a las de Lamadrid.

Vicente Fidel López había anunciado que publicaría la historia de “todos los movimientos verificados en la República y que han tenido por objeto derrocar al tirano”. Pues bien, en este número continúa con tal tarea con el artículo titulado “Regeneración”, que se muestra como continuación del anterior de igual título.

El joven escritor, que canta tantas loas al movimiento del 10 de octubre, asevera que los enemigos de la causa de la libertad, derrotados, pueden ahora, pese a ello, dormir al llegar la noche, más seguros y más tranquilos que nunca, garantidos por la victoria misma del pueblo.

Así, nos pinta él mismo el panorama: “Amaneció el día 11 y el primer pensamiento de todos los cordobeses fue: <ya no tenemos tiranos, se rompió la cadena que ataba nuestros brazos, y no nos dejaba empuñar la espada en defensa de la libertad>”.

Sigue describiendo Vicente Fidel con verdadera euforia: “El batallón libertador guarnecía la plaza, al mando del teniente coronel don Agustín Gigena y del sargento mayor Pizarro”. El pabellón nacional “flameaba risueño” en lo alto de las “casas consistoriales” y -López lo escribe con mayúscula- “une los días 25 de mayo de 1810 y 10 de octubre de 1840”. ¡Tal es el entusiasmo del joven periodista! Su perspectiva histórica derrocha optimismo y, en manera alguna, avizora el futuro de ese movimiento que duró lo que un soplo.

Al oírse el clarín del “ejército libertador” de Lamadrid, toda la población, la versátil masa, sale a recibirlo y a aclamarlo. El nuevo gobernador Álvarez encabeza la manifestación ciudadana y –en sus gradilocuentes palabras- “el viejo general, el representante de las victorias de la revolución, el compañero del ilustre Belgrano, se lanza desde su caballo, y corre a estrechar entre sus brazos al joven magistrado”. Concluye el artículo –que promete continuar- con estas palabras: “Así lo juraron todos, poniendo las manos en la divisa nacional que mostraban los pechos; y en medio de los músicos, los vivos y del júbilo más decidido de toda la población entraron hasta la plaza el general

Lamadrid, el señor Gordillo gobernador delegado de La Rioja, el coronel Casanova, y mil otros patriotas decididos, cuyo brazo estaba siempre preparado para el exterminio de los tiranos”.

La nota nos pone en la mente el vocablo “exterminio”, lo que confirma que todo diálogo era imposible. Sólo muerte y aniquilación merece el adversario. No debe sorprender, pues, que en pleno siglo veinte haya aun existido el mismo pensamiento entre sectores de nuestra población.

Continúa en este número tres el *Boletín del Ejército Libertador*. Prosigue con los movimientos de las fuerzas a cargo de Pablo López y Pacheco. El primero se mantenía a treinta leguas del ejército de Lavalle, cosa que irritaba a Rosas, quien pretendía que se debía hostigar permanentemente desde más cerca su retaguardia.

El ejército de Lavalle se aproximó a la Guardia de Luján –según se relata en el Boletín- y el dos de setiembre los escuadrones exploradores practicaron una diversión hacia el puente de Márquez, mientras Vicente González a la cabeza de dos mil hombres venía de la Guardia del Monte, con el objeto de unirse a las fuerzas de Rosas o de colocarse a la retaguardia del ejército llamado “libertador”. Entre tanto, el “enemigo ostentó toda su fuerza que parecía en efecto imponente”. Lavalle, entonces, “mandó” su escolta, la legión de Abalos y la división Vega, que pasasen el arroyo a todo trance, y se dirigiesen al galope contra el centro enemigo, mientras el resto del primer cuerpo pasaba en otro punto y obraba en consecuencia. ¿Escaramuzas? Quizá, si se toma en cuenta que la pérdida de los colorados fue de cien muertos y la de los celestes, apenas uno y dos heridos, según describe el citado Boletín.

El día 4 el ejército de Lavalle se había acercado más a la Capital. A su vez, las fuerzas rosistas habían acampado teniendo a su frente la “pantanosa Cañada de Morón”. ¿Por qué no se dio ahí la batalla definitiva? EL Boletín lo explica de esta manera: “Los esfuerzos humanos eran insuficientes para atacar al enemigo con éxito en aquella posición, donde nuestros escuadrones hubieran sido recibidos por una numerosa infantería y artillería colocada detrás de zanjas y cercados”.

Los dos ejércitos habían estado a la vista el uno del otro. La razón de la conducta de Lavalle se abona de la siguiente manera: “El estado de la campaña del Norte, y la población de San Pedro, que, siempre sitiada, pedía socorro, obligaron al General en Jefe (Lavalle) a levantar el campo el 6 a la tarde y a dirigirse hacia el Norte”.

Si bien es cierto que el primer cuerpo del ejército marchó en busca de Pablo López “en dirección al paso del Arrecife”, el segundo regresó a la Guardia de Luján para dirigirse al Fortín de Areco y de allí a las puntas del Tala.

Sea lo que fuere, Pablo López no pudo ser sorprendido, pues éste se había dirigido prontamente a Arroyo del Medio.

El Boletín explica la situación de esta forma: “Se dio orden pues de aproximar nuestras caballadas, que habían quedado lejos y de acampar. El 11 a medianoche se incorporó el segundo cuerpo en aquel punto”.

Y aquí concluye el Boletín, que promete continuar, en lo que pareciera la justificación de la estrategia de Lavalle, que no empeñó la batalla final en esos lugares y en ese tiempo.

Este ejemplar del periódico contiene, además, en la sección del Registro Oficial, el texto de dos decretos de fecha 27 de octubre. En ellos se encarga al segundo general del Ejército del Norte, Don Gregorio Aráoz de Lamadrid, el “mando en Jefe de los contingentes de la Provincia” (Córdoba), dirigiéndose el Gobernador al Excmo. 2* General del Ejército del Centro. Ambos documentos están firmados por el Gobernador José Francisco Álvarez. Secunda la firma José María Fragueiro y lleva en su frente la leyenda “Libertad, Constitución o Muerte”.

Número cuatro.

El ejemplar número cuatro lleva la fecha del 4 de noviembre de 1840 y anuncia, en primer lugar, que el gobierno convocará a elecciones “para que los ciudadanos concurren a la creación del Cuerpo Legislativo”. Se pondera el paso que se dará, que evidencia el triunfo de la opinión pública. Se compara este transparente acto con los que antes tenían lugar, al burlarse el derecho de los ciudadanos, especialmente los de tendencia unitaria, que eran perseguidos por el terror y dejaban “reducidas las votaciones al miserable círculo de esclavos que, por intereses personales, permanecían a su lado” (naturalmente, se refiere los a mandatarios que caducaron el 10 de octubre).

Se achaca al ex-gobernador Manuel López haberse valido del simulacro indigno de una Legislatura, que operaba según los designios del gobernante local y, éste, a su vez, era esclavo del poder de Rosas.

El articulista desliza loas a los aires de libertad que se respira en esos instantes y al respeto que se dispensa a la opinión pública que así puede expresarse de manera genuina. Textualmente, se afirma que “es muy grande el interés y el celo que debemos manifestar al ejecutar este derecho imprescriptible: la más insignificante debilidad nos prepara a ser otra vez oprimidos”.

No obstante la alabada libertad, el periódico sostiene que “es preciso hacer triunfar los candidatos de la opinión pública y establecer para ésta y no para los caudillos un freno firme en la legislatura”. A pesar de la semivelada proposición, Vicente Fidel López proclama la superioridad de la razón sobre la fuerza de la opinión del pueblo, por sobre la violencia, la astucia, la materia y el sigilo. Pide también a todos los ciudadanos que corran a dar su voto “por los ciudadanos más dignos” de representar a la población. Ese propósito dará como resultado el imponerse de “la situación y necesidades del país, ser jueces del modo cómo se nos gobierna, llenar un deber inherente a la calidad augusta de ciudadanos que revestimos, y, por fin, habremos conseguido ejercer un derecho indispensable para hallar la felicidad general que tanto anhelamos”.

Bellas palabras estas timas que derrochan un excesivo optimismo, y que, en verdad, se diluirán en el viento de una batalla afortunada, pues no lograrán el resultado tan apetecido.

Pero la intención del periodista es buena. A todas luces, no podemos negarlo. El escritor no encuentra reparos en invitar al acto eleccionario a “los partidarios mismos de Rozas”, en un gesto que le enaltece, pues está seguro que ellos “obtendrán un dato inequívoco y vehemente de que aquel infame ha oprimido y martirizado a la opinión pública, todo el tiempo que nos despotizó por medio de sus agentes”.

Concluye Vicente Fidel pidiendo disculpas porque el artículo se escribió con mucha prisa y esta circunstancia le ha impedido explayarse a conciencia. Por eso, se ha limitado a solicitar de sus conciudadanos una fuerte intervención y una tenaz energía en el acto de soberanía que el gobierno prepara al cumplir con uno de los principales deberes. Promete, para números futuros, exponer sus ideas sobre principios constitucionales que hacen en esta parte al “sistema representativo”.

Otro artículo de fuerte matiz político de este número, que sigue a continuación, se escribe en virtud de una comunicación interceptada, en la que Juan Pablo López se dirige al ex-gobernador derrocado, Manuel López, con fecha 23 de octubre. En ella se

acusa de traidor y de pérfido caudillo a Lamadrid, pues “sólo por traición puede haber logrado algo”.

Después de haber transcrito esa breve misiva en el periódico se esbozan diversas reflexiones. Las primeras aparecen en forma escueta y comienzan de la siguiente manera: “Desde muy atrás estábamos perfectamente convencidos del estado débil y precario en que se hallan las fuerzas de Pacheco y Pablo López en la provincia de Santa Fe, y la carta anterior –se refiere a la comunicación interceptada- es una confirmación auténtica de nuestra creencia”. La reflexión hace hincapié en que el adversario revela una gran urgencia en detener al general Lamadrid, lo que aportaría a la causa de los federales “una ventaja incalculable”.

Se publica luego una nota de Juan Lavalle dirigida al general Aráoz de Lamadrid, fechada el 4 de octubre, en el “cuartel general en marcha”. En verdad, la reflexión está dirigida a probar que es preciso, para Juan Pablo López, impedir a toda costa, noticias y comunicación entre Lavalle y Lamadrid y engañar, sobre todo a éste, respecto de la ubicación del ejército del primero. Toda esta intriga, en sus detalles, está sazonada con adjetivos de fuerte calibre, cada vez que se menciona a los dos López. Manuel, por ejemplo, es un “ladrón” o “salteador de caminos”, mientras que Pablo es un “foragido”. Se aventura la tesis de que la nota de Lavalle es falsa, su firma habría sido falsificada por Juan Pablo López, de “mancomún con Manuel López”. El autor de esas reflexiones aporta, además, otros argumentos que tienen por objeto probar la falsificación de la firma de Lavalle.

En su segunda foja el periódico inserta una proclama firmada por el gobernador provisorio José Francisco Álvarez. En ella expresa el agradecimiento del nuevo gobierno a los habitantes de los curatos, especialmente del norte provincial, que fueron los primeros en empuñar las lanzas para unirse al Ejército Libertador.

Y, nuevamente, nos encontramos con otra comunicación interceptada, dirigida a José Félix Aldao, fechada en octubre 16 de 1840, en el Pueblo de Achiras. EL dador, entre otras diversas consideraciones, insiste en proponer con vehemencia el mantenimiento expedito de la comunicación (del sur de la provincia) con Buenos Aires, como así con las provincias de Cuyo. Supone, por otra parte, que el ex-gobernador López se retiró hacia el Saladillo, abandonando toda defensa en forma desvergonzada.

El *Boletín* del Ejército Libertador, iniciado con anterioridad, concluye ahora en este número. Lo firma Juan Lavalle. Éste explica la razón por la cual no marchó sobre Buenos Aires de manera inmediata. Textualmente expresa: “Continuamos, pues, marchando sobre la provincia de Santa Fe con la esperanza de que (el santafesino) López admitiese un combate que el general en jefe le ofreció en el paso del Carcarañá”, pero López no lo aceptó, a pesar de haber sido reforzado por Oribe.

De esta guisa resultó que a Lavalle, a raíz de la tremenda sequía reinante, que impedía alcanzar aguadas suficientes para la caballada, no le quedó más camino que seguir la costa del Paraná. Hubo algunas escaramuzas y el 26 por la tarde el ejército se aproximó al paso de las Piedras del Salado, donde avistaron a unos 300 enemigos. Siguieron las escaramuzas y la fuerza del adversario fue dispersada totalmente con una pérdida de veinte soldados.

Desde el lado izquierdo del Salado el ejército continuó marchando y, finalmente, acampó “en la estancia de Andino, a dos leguas de Santa Fe y a la vista de la Bajada”.

Expresa el *Boletín* que la ciudad de Santa Fe había sido fortificada por Garzón y otros diez oficiales orientales. El 29 la ciudad fue atacada. El general en jefe, con el resto del ejército a su mando, “dando frente al Norte, impedía que López protegiese a Garzón”. Finalmente, éste rindió sus armas.

Como resultado de todo ello, Pablo López huyó hacia el Salado, “muy debilitado por la desertión de una parte numerosa de sus soldados”. Un drama para Lavalle seguía siendo la ausencia de agua dulce para la tropa, lo que se agravará aun más poco más adelante. El *Boletín* sigue añadiendo: “La posesión de los pocos caballos que se encuentran al Norte del Salado, le daban (a Pablo López) la ventaja de la movilidad, y la persecución parecía ya inútil. El agua del Salado es salada (esto se escribió textualmente así) y hasta los animales la rehúsan, por cuya razón el ejército había escasamente bebido en las aguadas estacionales, que por la seca se encontraban con dificultades en las márgenes de aquel río, cuyos pastos son escasos y de mala calidad”.

Estimamos útil, para su mejor comprensión, transcribir textualmente la conclusión del *Boletín* del Ejército Libertador: “Era de una necesidad vital hacer reposar nuestras caballadas en buenos pastos y aguadas y el 7 del presente el ejército corriéndose por su derecha, vino a situarse en los hermosos campos, que se hallan en las inmediaciones

del cantón de San Pedro”. Y, como se quiere cerrar el punto con una consideración de orden moral, añade: “El general en jefe quiere consignar en este *Boletín* verdades elocuentes, que servirán de experiencia en la guerra contra el tirano de la República Argentina, y no quiere concluir sin revelar otra verdad que el curso de la narración no le ha dado lugar a referir. Desde el momento en que el ejército libertador pisó las playas de la provincia de Buenos Aires, el tirano Rosas dio rienda suelta a todas las pasiones de los soldados, y el saqueo y todos los excesos fueron permitidos y excitados por el lenguaje de los jefes. El tirano declaró la guerra a muerte, no de un modo público, pero sí en todas las comunicaciones a sus súbditos, excitándolos a matar unitarios. Encargaba que se exceptuasen a todos los extranjeros, menos a los que se encontrasen con las armas en la mano”.

Así fue. La guerra civil era una guerra de aniquilamiento y exterminio. Las crueldades fueron extremas. La muerte y, muchas veces, la muerte con dolor y gran sufrimiento era el triste final de los contendientes.

Según el propio *Boletín*, el ejército de Lavalle no pudo maniobrar a su antojo desde que hizo pie en la provincia de Buenos Aires. Fue permanentemente vigilado y aun hostigado por las fuerzas rosistas, comandadas por Oribe y sus oficiales. Por su parte, Pablo López se destacó por su gran movilidad.

Número cinco.

En la mentalidad de Vicente Fidel López era menester atacar la legalidad del cargo desempeñado por el ex gobernador Manuel López. Es probable que éste hubiera tenido aun partidarios en Córdoba, y, entre ellos, algunos personajes importantes y dignos de tener en cuenta. De ahí que, en el número cinco, fechado el 7 de noviembre de 1840, se vio en la necesidad de publicar, como artículo de cabecera, una defensa del movimiento revolucionario, que empezaba de la siguiente manera, en su propio título: “Es falso que el salteador Manuel López ha sido Gobernador de Córdoba”:

El texto no deja dudas –a nuestro parecer- que Manuel López tuvo defensores. Vicente Fidel lo califica como salteador, inepto y oscuro, con capacidad negativa para ejercer el cargo. Curiosamente, entre los detractores, algunos aun lo reconocieron como tal. Por eso, sentencian: “Él, dicen, ha dispuesto como cosa propia, de fondos públicos; ha atacado el derecho de propiedad de todos modos; ha violado la seguridad personal con

tantos ultrajes como repetición; él, en fin, no ha dejado maldad por cometer: ¿Y todo eso se hace impunemente sin ser gobernador? ¿Se pasa en cuatro días de la miseria a la opulencia, sin estar a la cabeza de un Estado? Concluyamos, agregan, que ha sido un gobernador tan estúpido como malvado, pero asimismo, fuera de toda duda, que ha sido gobernador”.

Vicente Fidel, ante esas opiniones que, seguramente, él no compartía, con su propio lenguaje, se impone la obligación de rebatirlas.

Por eso, los sucesos de 1835 (recuérdese el asesinato de Quiroga) han permitido que “este miserable capitán de bandidos” se presente “como esclavo del malvado tirano de Buenos Aires”, arguye Vicente Fidel López. Y luego continúa calificando las peripecias que vivió la provincia como “las circunstancias más azarosas que sufrió, de tal suerte que, “en la crisis más terrible”, se vio que “se sucedían unos a otros los gobernantes”, pero ninguno era del agrado de Rosas. Éste quería un hombre, “que al mismo tiempo no tuviese educación ni principios, fuese desconocido a todos, porque un hombre como “éste sería un instrumento fiel, y las márgenes del Río tercero, dejaron satisfecha esta necesidad, ofreciendo a Manuel López”.

Siempre dispuesto a la narración, Vicente Fidel observa que el gobernador derrocado, en aquellos años, antes de llegar al gobierno de la provincia, vivía en “una pequeña hacienda de campo, que era todo su haber, a treinta y seis leguas de esta capital”. Había sido comandante del departamento y había mostrado –en palabras del periodista– una tendencia que “fue constantemente hacerse terrible a los que le rodeaban, perjudicial a sus vecinos y trabajaba para ser odioso a su misma familia”. “Con esta mira infame fusiló, sin orden superior, al patriota benemérito Coronel Echeverría, que era su conuñado”. Y concluye estos párrafos con un juicio terminante: “Manuel López es tan cobarde como sanguinario”.

Sea lo que fuere, en su hora, tanto Rosas como su santafesino compañero López, impulsaron su designación. Pese a la oposición declarada –asevera Vicente Fidel– Manuel López “se apoderó de la provincia, y sin más guardar, se recibió del mando: declaró disuelta la legislatura; llenó las cárceles de los ciudadanos más visibles y empezaron las proscripciones”.

A los representantes –siempre según el periodista– “tuvo la impavidez de decirles: “Hoy van V.V. a un calabozo, y mañana saldrán de esta ciudad, nada más que porque me han negado su voto”.

Por eso, después de estas palabras, Vicente Fidel se pregunta: “¿Y Manuel López ha sido gobernador de esta provincia?”.

La respuesta inmediata es categórica: “Este tirano no ha sido más que un jefe de bandidos, asesinos, ladrones, enemigo de la patria, bajo cuyo doble carácter debe ser juzgado”.

Promete proseguir con el tema con un “concluirá”, no sin antes exclamar: “No, nunca, jamás, gobernador de Córdoba”.

Y quienes tuvieron la fortuna de vivir los tiempos, saben que Manuel López volvió a recuperar el cargo después de la batalla de Quebracho Herrado del 28 de noviembre de 1840, en la que fue vencido Lavalle a manos de Oribe. No cesaría su gobierno sino después de Caseros, luego de doce años más.

Una mente clara y serena que comenta estos acontecimientos nos alerta que su gobierno tuvo una aceptación satisfactoria –si se tienen en cuenta las vicisitudes de la época- y, además, opina que “si se exceptúa el breve período del gobierno revolucionario de Álvarez, en el que apareció bajo la dirección esclarecida de Vicente Fidel López el periódico *El Estandarte Nacional*, no hubo sino defensores de la causa de la *santa federación*” (25).

A falta del *Boletín* del ejército, Vicente Fidel López incluye en el periódico noticias militares. Así, se anuncia que el gobernador de Salta, a la cabeza de una división de trescientos infantes y doscientos hombres de caballería se unió a las fuerzas de Tucumán y Catamarca, en marcha contra “el cacique asesino Felipe Ibarra”.

También se anuncia que el presidente de la República de Bolivia, ofreció seiscientos infantes al gobierno de Salta “para expediciones contra el malvado tirano Rozas”. De la misma manera, el gobierno de Chile había ofrecido igual especie al Gobernador de La Rioja, Tomás Brizuela”. Las noticias concluyen con el siguiente párrafo: “El día de exterminio para el infame tirano de Buenos Aires se acerca; doblemos todos nuestros esfuerzos, y en breve tendremos Patria y Libertad”.

Ni el propio Vicente Fidel López, impulsado su espíritu por las noticias aparentemente favorables, pudo evitar en este momento el uso del vocablo “exterminio”, contagio que, en ocasiones, iguala en violencia a los dos bandos en lucha.

En la sección de “Documentos Oficiales” del periódico se hace conocer una “*Proclama*” firmada por el gobernador José Francisco Álvarez, dirigida a los habitantes de la provincia de Córdoba. Además de utilizar argumentos ya conocidos, el Gobernador invita a la ciudadanía a constituir la Asamblea Electoral ejerciendo el más importante de los derechos.

Por otra parte, hace saber que “nuestras fronteras (de la Provincia) y de toda la campaña están tranquilas”.

Tres columnas tiene una extensa *Circular* dirigida a las provincias de Cuyo, aunque el texto pareciera que alcanza a las de todo el país, fechada el 27 de octubre, por José Francisco Álvarez y refrendada por José María Fragueiro.

La circular comunica el cambio de autoridades en la Provincia y la designación de un gobernador provisorio. Se explica que la fuerza al mando del general Lamadrid “contribuyó eficazmente a un cambio tan feliz como simultáneo”. Por otra parte, “la opinión pública que hoy apoya las armas y que exclusivamente ha obrado la regeneración de la provincia y es tal y tan universalmente explicada, que si alguna vez se ha verificado un movimiento general que pueda ser la suma de todos los deseos de todos y cada uno de los habitantes, es sin duda el que se ha verificado en esta capital, y en todos los ángulos de la provincia, sin un solo tiro, y sin que en punto alguno se haya indicado el menor desorden”.

Las ideas volcadas en el texto y algunos párrafos muy expresivos nos recuerdan el estilo de Vicente Fidel López.

La circular enjuicia severamente la administración del derrocado gobernador, la dependencia que la provincia tenía respecto del “tirano de Buenos Aires”, la arbitrariedad, el desapego a las normas legales; “las divisas, los lemas de partido, el lenguaje de la discordia vertido del furor hasta el fanatismo y la demencia; el lenguaje de la ineducación, he aquí la diplomacia y los grandes planes nacionales del tirano”.

Se hace notar que Rosas ha proclamado el sistema de federación, el sistema representativo en el que el pueblo todo lo hace y, en realidad, ha ejercido “el absolutismo insolente que todavía vemos”. La división y el terror han sido instrumentos utilizados en el gobierno para dominar el país. Y se enfatiza, con lenguaje que acude a un símil histórico de la siguiente forma: “no hay duda, el tirano ha dicho: “”la Patria soy yo, yo soy la

federación, soy sólo a quien debe referirse cuanto se haga aun en el último extremo de la República””.

Después de juzgar con severidad lo que Rosas ha hecho en el interior se vuelve la vista hacia Buenos Aires y escribe: “Las degollaciones...la sala misma de R.R. es.....” Acaso, ¿se alude a la muerte de Maza padre, después de los acontecimientos de 1839?. Los enigmáticos puntos suspensivos autorizan esa conjetura.

Viene ahora lo sustancial de la circular, en forma de solemne declaración, que, estimamos, debe reproducirse textualmente, como cabal expresión del movimiento revolucionario:

“El Gobierno de Córdoba sin afectarse de partido, ni opiniones que haya habido, o haya en la república, afectado solamente de las desgracias de ésta, y de las particulares de la provincia conforme a la opinión pública de ésta, explicada del modo más solemne y general, declara:

“-Que conviniendo en los principios que han proclamado los Exmos. Gobiernos de Salta, Tucumán, Rioja, Catamarca, Jujuy, Corrientes y Santa Fe, el gobierno de Córdoba une sus votos a la causa de esta mayoría de la república”.

“-Que desconoce al gobernador actual de Buenos Aires en el carácter de gobernador y capitán general de dicha provincia”.

“-Que retira las facultades que le eran conferidas al gobierno de Buenos Aires por la provincia para mantener las Relaciones Exteriores de la república”.

“-Que unirá sus esfuerzos, y cuantos elementos tiene la provincia con los pueblos de la república que proclaman la causa nacional, que es el voto unánime de todos los habitantes”.

Sigue, luego, un llamado a la concordia de todos los pueblos del interior y del gobierno de todas las provincias. De éstas, las mencionadas Salta, Tucumán, Rioja, Catamarca, Jujuy, Corrientes y Santa Fe, constituyen un cuadro promisor para la actitud del gobierno de Álvarez que, a esta altura, derrocha optimismo y sostiene la esperanza del joven Vicente Fidel López y sus amigos en el poder. Hay aun un párrafo que merece ser recordado: “El pueblo cordobés se avergonzaría de ser indiferente a los males y horrores con que aterra a la humanidad el tirano de Buenos Aires, su indiferencia le haría partícipe de aquellos; Córdoba execra a los tiranos y a sus colaboradores, y no teme declarar, que, si aquí los tuviere en alguna de las provincias del interior, le hará la guerra como a aquél”.

Conviene destacar que el espíritu de la circular, centrada la lucha contra Rosas y sus partidarios, reafirmó el propósito de una vida política y social común con todas las provincias de la República. Concluye la circular con el lema: “Dios, Patria y Libertad”. Sigue la firma de José Francisco Álvarez, refrendada por José María Fragueiro.

Es probable que al aproximarse los finales de octubre de 1840, la ola de pronunciamientos antirrosistas haya alcanzado el cenit. Por eso, el periódico duplicó el número de páginas, y pasó de dos a cuatro, en forma momentánea, dada la cuantía de las noticias y su importancia.

Una nota del Gobernador y Capitán General de la Provincia de Catamarca al Gobernador y Capitán General provisorio de Córdoba, fechada el 28 de octubre de ese mismo año, y precedida del lema “Libertad, Constitución o Muerte”, avisa recibo de la circular anteriormente citada. Hace, además, referencia al “ilustre General Lamadrid” y califica como “nuestra poderosa aliada” a “la benemérita provincia” de Córdoba. Concretamente, menciona a la coalición del Norte y a las cinco provincias que la constituyen. Deja constancia que “después de treinta años de angustias y fatigas bajo la sombra de una constitución, por la que tanto han suspirado los pueblos, cuando eran el vil juguete del egoísmo, y de la iniquidad”.

Después de regocijarse con la “aurora de la libertad” que está apareciendo y alabar al “hijo predilecto de la Patria”, el General Aráoz de Lamadrid, cierra el texto, también con la leyenda “Dios, Patria y Libertad”.

También figura inserta una breve proclama firmada por Agustín Gigena. Se aclara que la dirige al Cuerpo, los “Cazadores de la libertad”, que salió a campaña. Se exhorta a los soldados conservar el espíritu de cuerpo, unión y confraternidad y se realza la distinción que significa formar parte del Ejército libertador y marchar junto al intrépido guerrero Lamadrid.

El periódico también da curso a una publicación relativamente extensa, misiva de Bernabé Piedra Buena, refrendada por Marco M de Avellaneda, fechada en Tucumán el 3 de octubre (es decir, siete días antes del movimiento revolucionario de Córdoba) y dirigida al Gobernador y Capitán General de la provincia de Santiago, Juan Ibarra. Se le exhorta –con evidente aire de delicada admonición– de esta manera, luego de una serie de

consideraciones: “Descienda V. E de la sede del gobierno: entregue al pueblo la autoridad de que lo ha despojado: que la provincia de Santiago sea soberana y dueña de sí misma y nada tendrá que temer V.E para su persona. Con una mano sobre su conciencia el infrascripto jura por su honor, que la vida y propiedad de V.E y la fe de todos sus amigos, serán entonces un sagrado (bien) que no consentirá jamás en que sea profanado”.

Esta solicitud, formulada con curioso respeto, tiene –diríamos naturalmente– una contracara. Las garantías ofrecidas y que hemos transcrito en la parte pertinente, es condición que el propio Ibarra las acuerde y respete respecto de todos los ciudadanos a “quienes haya creído cómplices en la reacción armada que encabezó el comandante Rodríguez. Todos estos ciudadanos están bajo la salvaguardia de la coalición del Norte, que reconoce como una obligación sagrada el vengar de un modo terrible cualquiera injuria que se les infiera”.

Como se advierte es una misiva muy formal y educada pero que concluye con una dura advertencia. Se añade que lo que se le comunica a Ibarra incluye también a los agentes y se conmina a todos a guardar la conducta requerida. Finalmente, con claridad estremecedora, sentencia: “La sangre –caso de inmolarse una sola víctima– correrá a torrentes”. Sigue el lema “Dios, Patria y Libertad”. Por la fecha, entendemos que dicho lema fue utilizado antes de que el Gobierno de Córdoba de José Franciso Álvarez hiciera conocer el suyo.

No es la única nota dirigida a la provincia de Santiago del Estero, en ese mes de octubre. El día 27, desde el cuartel general en marcha, el General en Jefe del segundo cuerpo de ejército, Manuel Solá, emite una proclama dirigida a los santiagueños. Se halla precedida por los vocablos: “¡Viva la libertad! ¡Viva la Constitución!”. En el primer punto se anuncia que el segundo cuerpo del Ejército del Norte, está pisando tierra santiagueña y el cuerpo se bautiza a sí mismo como “soldados de la constitución y de la libertad”.

Esta proclama complementa la anterior y se hace saber que el primer cuerpo del mismo ejército, “después de haber aterrado, y arrojado a remotas guaridas al religioso apóstata (¿Aldao?), que oprimía a las provincias de Cuyo, ocupa ya la de Córdoba, en donde ha sido recibido con aclamaciones”. Se agregan, escuetamente, otras noticias expresando: a) que Lavalle está a las puertas de Buenos Aires; b) y que el “oscuro caudillo” de Santa Fe (¿López?), después de haber sido destrozado en San Pedro, ha sido perseguido hasta el Chaco”. Estas noticias, al margen de su exactitud o no, se hallan

expresadas de tal forma que inducen a pensar que el movimiento de la coalición es imparable. Y es natural que ellos lo hayan sentido así.

En la parte final de este mismo ejemplar del periódico, se inserta una “Adición al *Boletín número 5*”. En verdad, no hace sino ampliar las noticias, aseverando que la “aurora de la libertad ha asomado ya en las provincias de Cuyo”. Se incluyen, además, loas al General Tomás Brizuela, al mando del ejército libertador de las provincias del Norte. Se anuncia, igualmente, una revolución en San Juan, favorable a los pronunciamientos en contra de los tiranos.

Pareciera, en otro orden de cosas, que una tranquila calma se había adueñado de la ciudad de Córdoba. Vemos, así, que un aviso del periódico, invita a concurrir al teatro en los fines de semana. Por último, puede leerse un título referido a las “elecciones” y alguna otra noticia, de menor importancia.

Número seis.

Este ejemplar, que lleva la fecha del 11 de noviembre, consta también de cuatro páginas. El título de tapa, *El Estandarte Nacional*, nos trae a manera de editorial las “Noticias del estado de la guerra contra el déspota asesino Rosas, en las provincias del litoral”.

Esas noticias consisten en una comunicación de Juan Lavalle dirigida al General Lamadrid y al comandante Salas, y una carta particular fechada el 2 de noviembre. El anuncio refleja una contenida alegría que afianza el optimismo del joven editor.

En términos generales, Lavalle hace saber que ordenó a parte de su ejército al mando del mayor Gigena y del teniente Pérez, entrar a la provincia de Córdoba desde el Norte (frontera del Chaco). Y, en principio, asevera que al oriente del Paraná, la guerra quedará concluida en ese mes de noviembre.

A su vez, la carta de Lavalle dirigida a un particular (no dice quien), expresa:

“Aquí me hallaba en un hermoso campo restableciendo mis caballadas para ver venir; cuando he recibido una carta del General Rivera y noticias de Montevideo, que confirman que la reunión de las fuerzas de aquel estado en San José del Uruguay para invadir el Entre Ríos, unido al ejército de reserva de Corrientes, mandado por el General Paz. El presidente Rivera es el general en jefe de este ejército combinado, cuyo total no

baja de cuatro mil hombres en primera línea. Echagüe, considerablemente debilitado por las fuerzas de que se ha desprendido para auxiliar a Rosas, no podrá resistir esta invasión. A lo menos él no reunirá sino difícilmente las dos quintas partes de la fuerza que me presentó en D. Cristóbal, y el General traerá el doble (poco más o menos) de la que yo tenía. Estableciendo esta proporción, juzgue V del resultado de la lucha al oriente del Paraná”.

Hablando de la revolución de Córdoba, dice lo siguiente: “-No es una victoria militar que supondría un ejército de menos, o solamente desunido, no es tampoco la elevación de un individuo o de una pequeña facción sobre otra: *es una revolución, es un gigante* (la cursiva es de Lavalle). Yo lo veo desde aquí, veo ya su brazo robusto armado de la masa que va a descargar sobre el verdugo, para vengar a la libertad, a la moral, a la prosperidad nacional, y a millares de víctimas y desvalidos. Esto hace concebir desde luego un plan fijo, una grande idea para el presente y el porvenir, yo voy a obrar en consecuencia”.

Tenemos, pues, a otro optimista. Debemos confesar, por cierto, que el panorama general del país autorizaba a serlo.

En la continuación del artículo se agrega que, según el general Giménez, Lavalle tenía un ejército de cinco mil quinientos hombres de pelea. En verdad, era un número de verdadera importancia. No se aclara, no obstante, en virtud de qué medio esta noticia llega a conocimiento del informante ni cuáles son sus fundamentos.

En el orden local se informa sobre las elecciones habidas para elegir los representantes que debían integrar la Asamblea Electoral. El acto tuvo lugar el domingo ocho de noviembre y, como resultado la mayoría se pronunció por la nueva administración.

Según se señala, el acto fue pacífico y todos los ciudadanos pudieron expresarse libremente. Fueron electos: el coronel Don José Julián Martínez, Don Miguel Igarzábal, el Dr. Hipólito Ramallo y el Dr. Ramón Ferreira, todos ellos por “una grande mayoría de sufragios”.

Este ejemplar del periódico vuelve a las dos páginas. Contiene, además de lo descripto, un documento oficial titulado “Contestación”, que es dirigido desde Tucumán, con fecha 30 de julio de 1840, por el Gobernador y Capitán

General de esa Provincia “a Juan Ibarra, cacique vitalicio de la provincia de Santiago, jefe del ejército de los brazos hercúleos, etc., etc.” Hemos escrito textualmente lo que aparece en el encabezamiento de la noticia. En verdad, es una contestación con más de tres columnas a un libelo de Ibarra, en el que éste se queja de la división libertadora al mando de Lamadrid que habría invadido varios pueblos de la provincia. Como no podía ser de otra manera la nota es de descargo y, de paso, se califica a Ibarra como el taimado cacique.

Su contenido, según apreciamos, no es de mayor interés.

Número siete.

El número siete, igualmente de dos páginas, fue fechado el 14 de noviembre.

Y, he aquí que el joven López, devenido periodista, se muestra genuino hijo de la generación de 1837. Con el título de “Variedades” seguido, como subtítulo, del vocablo *Filosofía*, halla un momento de calma en su quehacer para reproducir lo que significa el término “Asociación”, la primera palabra simbólica del *Credo* de Esteban Echeverría, que fuera publicado por Alberdi en el periódico *El Iniciador* de Montevideo, con fecha primero de enero de 1839.

Dejamos para más adelante, en próximas páginas, el examen de este hallazgo, que nos revela la firme adhesión de Vicente Fidel López al ideario de su generación brillante y que, no obstante las circunstancias y el lugar geográfico, ocupan siempre su actividad intelectual.

El resto del ejemplar contiene documentación oficial, nombramientos, leyes, avisos comerciales y el programa de las sesiones dominicales del teatro de la ciudad.

Queremos agregar aun que concluye en este número la carta que el gobernador de Tucumán, Bernabé Piedra Buena (la refrenda Marcos M de Avellaneda) dirige al Gobernador Ibarra de Santiago.

Pareciera que alguien de la población dirigía artículos al periódico que no estaban en la línea política de Vicente Fidel López porque una advertencia anuncia que dichos artículos no serán publicados mientras “no vengan garantidos por alguna persona conocida”. Y, se añade, como curiosa aclaración: “De otro modo se verían en el caso de tomar sobre sí una responsabilidad que nos les corresponde”.

Por último, transcribimos las siguientes noticias, precedidas por el título “¡Viva la Patria!”: “Se han recibido comunicaciones importantes de San Luis, por las que se nos instruye de un glorioso acontecimiento que ha tenido lugar en Mendoza. El patriota D. Casimiro Recuero a la cabeza del virtuoso pueblo mendocino ha dado el grito de libertad, y lanzado anatema de muerte contra el renegado padre Aldao. Todos los empleados y demás instrumentos de este malvado han sido presos”.

“También se ha recibido una comunicación del coronel Don Manuel Belgrano por la que asegura que al frente de quinientos indígenas marchaba a acabar con los restos del nombrado fraile”.

Número ocho.

Este ejemplar del periódico consta de sólo dos páginas, así como los que seguirán. Lleva la fecha del 18 de noviembre.

Bajo el epígrafe de *El Estandarte Nacional* se inicia con un virulento artículo titulado “Maldición”. Reproducimos el párrafo inicial para que el propio lector pueda apreciar y tomar cabal conciencia del espíritu que anima a las personas que luchaban contra Rosas, cuya cultura no podía sofrenar su ira y su odio exacerbado. Leamos: “¡Caiga la maldición del cielo y de los hombres sobre el tirano de la República Argentina! ¡Caiga la maldición de los niños inocentes y de las mujeres virtuosas sobre el asesino de los padres y el violador de la castidad de las madres! ¡Maldición mil veces sobre la cabeza infernal, sobre el corazón feroz del abominable Rozas!”

Más adelante sigue: “¡Maldito seas de Dios y de los hombres, criatura abominable, hijo predilecto de Satanás!”

Y, antes de concluir: “No hay conciliación, ni tregua, ni paz; la lucha es lucha de muerte: no hay más garantía que la victoria, que la muerte del tirano y el exterminio de su facción. La responsabilidad de los gobiernos que están a la cabeza de los pueblos libres, es muy grande: tienen que darnos patria o que amontonar escombros y ruinas sobre el paso del tirano. Ninguna medida les debe hacer retroceder. Adelante siempre. Tal es su divisa y el que se enfrente que perezca, que pague con su cabeza las miras perversas que tuvo para su patria. Sabemos cuanto cuesta castigar, sabemos cuanto cuesta destruir, pero es preciso castigar y destruir sin compasión a los enemigos de la nación para salvarla del castigo y de la destrucción con que ellos la amagan. ¡Guerra! ¡Guerra sin término”.

No reproducimos otros párrafos porque éstos bastan para sentirnos acongojados. La lucha a muerte hasta el exterminio entre hermanos argentinos, y más por haber sido vertidas estas palabras por un joven intelectual, nos llena de tristeza.

Creo que nadie puede justificar esta actitud, aun teniendo presente las circunstancias dadas en aquellos tiempos.

En otro lugar, a continuación de la feroz diatriba, nos encontramos con el extracto de una carta, datada el nueve de noviembre en San Luis. Es una respuesta al anuncio del movimiento del 10 de octubre. Contiene expresiones laudatorias hacia las nuevas autoridades cordobesas y expresan que: “Todos los patriotas de este pueblo, por mi resorte dirigen a V.E las más grandes felicitaciones”. Además, se incluyen noticias acerca de la ubicación del “fraile Aldao”, el cambio que tuvo lugar en Mendoza el 4 de ese mes de noviembre y otros acontecimientos similares, así como la actitud que asumirán en el caso que se pretenda atacar a los nuevos mandatarios.

De la carta no se consigna firma, pero es indudable que tiene origen en las autoridades puntanas.

En la nómina de documentos oficiales se incluye la Proclama del gobierno de Mendoza, que firma Casimiro Recuero. Es dirigida a los comprovincianos y, luego de un lamento por la guerra civil y las penurias sufridas por el pueblo, se regocija porque “llegó por fin el suspirado día en que recobrando nuestros derechos, formemos una asociación capaz de contribuir a nuestro bienestar”. Se manifiesta que el pueblo quiere libertad social, seguridad y, aun más, conciencia de esa seguridad. Afirma que los enemigos interiores son más temibles que los exteriores.

Congratula, finalmente, por el feliz éxito a los compañeros de armas por el acontecimiento ocurrido en la noche del 4 de noviembre

De la Comandancia general de la Frontera del Sur, en noviembre 14, el señor José Celman, se dirige al gobierno provisorio de Córdoba, comunicando que el benemérito Baigorria se ha posesionado, con cincuenta puntanos y treinta y ocho indios de la “plaza de San Luis”, el 11 de ese mismo mes, aseverando que el día 12 se instalará un gobierno provisorio.

Se lamenta de no poder enviar los caballos solicitados “por no haber sobrantes”. Al mismo tiempo, expresa que se han montado 130 hombres para proteger la frontera del este de San Luis, en la línea de una y otra provincia.

Con una comunicación adjunta se da cuenta del cambio de gobierno en San Luis y se explica que se “empezarán a tomar medidas a fin de la persecución al Fraile” (¿Aldao?).

Merece especial mención una inserción bajo el rubro de *Variedades*, subtitulada “*Filosofía*” y, luego figura la palabra “*Progreso*”. Es, naturalmente, la segunda palabra simbólica del *Credo* echeverriano. Más, adelante, volveremos sobre el tema.

Por último, el aviso del teatro anuncia una gran función extraordinaria para el domingo 22 de noviembre de 1840 en beneficio del actor Máximo Giménez.

A este aviso se suman los que pregonan la compra de toda clase de libros y otro acerca de la difícil venta de un piano de regular uso.

Número nueve.

El ejemplar número nueve se abre bajo el título de “*Gritos del Pueblo*” y aparece el día 21 de noviembre de ese año de 1840. El editorialista insiste en que si queremos “asegurar a la república un porvenir dichoso...es preciso hacer la guerra al déspota asesino Rozas...” Resulta, probablemente, monótono repetir las palabras de esta persistente calificación hacia Rosas, de igual manera que adjetivar el sustantivo “Manuel López” con el vocablo “salteador”.

Concluye con el siguiente párrafo, que demuestra el espíritu de denodada lucha por todos los medios en que está empeñada la dirigencia de la provincia: “ El 10 de octubre desenvainamos el acero y juramos a la patria no dejarle de la mano antes que la sangre del tirano Rozas hubiere lavado el suelo libre que ha profanado. Cumpliremos este juramento, y si es preciso, nos abriremos paso por entre ruinas y cadáveres, hasta arrancar al déspota del pueblo que oprime. Pero llevar esto a término, exigirá sacrificios de todos los cordobeses; exigirá firmeza y energía de parte del gobierno; exigirá reprimir y castigar a

los enemigos de la causa de la libertad. ¡Justicia! Pide la opinión pública; ¡justicia! Repetimos nosotros, que nos hemos constituido en órgano suyo”.

Sigue a esto una comunicación “a los habitantes del Departamento de Santa Rosa” y, en ella, se tratan de justificar las exigencias que el general Lamadrid ha tenido que formular a los habitantes de los pueblos del Este de la Provincia, obligado por las circunstancias. Anuncia que esos sacrificios serán oportunamente indemnizados. Cierran el primer párrafo las siguientes palabras: “Las operaciones militares que han motivado la adopción indispensable de tales medidas, van a decidir la cuestión; los esfuerzos de aquellos buenos ciudadanos, importarán la libertad de toda la república, y el exterminio de los opresores; pronto será vencedor el General Lavalle”. Casi no es necesario llamar la atención sobre el hecho de que el escritor tiene plena conciencia que, en breve, se librará la batalla definitiva, que sellará el destino del país. Patriotismo y constancia son las actitudes que se solicitan al pueblo en la circunstancia crucial.

Sin embargo, a pesar de ello, aun se continúa con el tema de la ilegalidad del gobierno de Manuel López. En efecto, se concluye aquí aquel artículo de un número anterior, que lo descalificaba. Se recuerdan los desmanes que había cometido en el ejercicio de la administración, así como las personas que habían pagado con su vida, con su libertad o con la proscripción por haberse opuesto al régimen.

Como noticia importante se hace saber el resultado de la anunciada Asamblea Electoral, que había tenido lugar el 18 de noviembre, en las llamadas “casas consistoriales”. Por indisposición del señor Ministro de gobierno, el acto fue presidido por el señor Coronel de ejército don José Julián Martínez. “La elección de RR se ha hecho con la mayor libertad “ha muchos años desconocida en Córdoba, y –prosigue- nosotros creemos que el resultado ha dejado satisfechas las justas esperanzas de todos los buenos ciudadanos, y que éstos deben prometerse mucho de la nueva Legislatura”.

A continuación se transcribe el oficio con que el señor Presidente de la H. Asamblea Electoral, comunica al señor Gobernador el resultado del acto. Firma su dicho el señor Presidente Don Cayetano Lozano.

Queremos especificar, muy especialmente, que Vicente Fidel López no reducía solamente su actividad al periodismo; intervenía personalmente en la vida política de la provincia. Afirmamos esto porque el Presidente de la Asamblea Electoral, al nombrar la junta escrutadora, la encabeza con el señor elector D. Vicente Fidel López. Le acompañan Paulino Paz y Bernabé Ocampo. Resultaron electos como representantes: Miguel Calisto (sic) del Cerro, Francisco Delgado, Ramón Ferreira, Enrique Rodríguez, José Severo de Olmos, Bernardino Cáceres, Sisto (sic) García, Paulino Paz, Bernabé Ocampo, Gaspar Bravo, Cayetano Lozano, Miguel Igarzábal, Fernando Pérez Bulnes, Regis Martínez y José Novillo. Todos ellos titulares.

La nómina nos indica que figuran en ella las amistades de Vicente Fidel, es decir, Bernabé Ocampo (dueño del almacén donde se vendía el periódico), Ramón Ferreira, Paulino Paz, Sisto García y Cayetano Lozano, éste miembro de la familia de los Lozano, sus entrañables amigos. Algunos constituían la filial de la *Joven Argentina*, fundada en Córdoba por Vicente Fidel López: don Paulino Paz, Enrique Rodríguez, Avelino y Ramón Ferreira y José Francisco Álvarez.

En el orden militar el Coronel Comandante General de la Frontera del Oeste, Alejandro Aparicio, “en marcha sobre la Provincia de San Luis”, con fecha 16 de noviembre, comunica al Gobernador Álvarez, que en el camino seguido, tuvo conocimiento que Baigorria había entrado antes, y que se había producido el esperado cambio de gobierno.

También, entre las noticias militares, se incluye el parte que el sargento mayor Crisóstomo Álvarez dirige al General Aráoz de Lamadrid y que éste, a su vez, envía al Gobernador Álvarez, fechado en Fraile Muerto (hoy Bell Ville), el 17 de noviembre, en el que da cuenta de la victoria de las armas obtenidas sobre el enemigo, que huyó y dejó en el campo cincuenta muertos. La huida del enemigo fue exitosa, gracias a la “superioridad de sus caballos”. Las fuerzas que dependían de Lamadrid, sólo tuvieron un muerto, sargento de la banda de clarines. La batalla ocurrió entre las fuerzas enemigas de Bernardo Juárez y Pascual Torres, que comandaban trescientos hombres y un destacamento que dependía de Crisóstomo Álvarez; éste, en condiciones de inferioridad numérica, resultó vencedor.

Como resultado de todo ello, se interceptó una comunicación que el ex gobernador Manuel López -esto revela que estaba muy activo-, dirigía al señor Comandante de vanguardia sargento mayor del escuadrón de dragones, Bernardo Juárez. La misiva, de fecha 11 de noviembre, encabezada por la leyenda “Viva la Federación”, tiene, además, la inscripción, en su costado superior izquierdo “Gobierno de la provincia”, lo que indica que López se siente aun gobernador de Córdoba. El cuartel general lo tiene establecido en Cruz Alta. Textualmente dice: “Con esta fecha marcha el comandante principal del Departamento de Coronda, Pascual Torres...” De la lectura de su texto se infiere que le da noticias de la ubicación de las distintas fuerzas, lo que ocurre antes de que se diera el choque bélico relacionado en el párrafo anterior.

Tenemos, luego, un aviso del teatro donde se indica el programa del domingo 22 de noviembre. Con ello finaliza el número nueve.

Número diez.

La portada nos trae un editorial sin otro título que el genérico *El Estandarte Nacional*. Había aparecido el 25 de noviembre. Comienza con una alusión a Rosas, cuando expresa que el “imbécil tirano de Buenos Aires” está quedando solo y aislado. Y, después: “El general Lamadrid va a darle el último golpe, golpe terrible, golpe de exterminio y de muerte”. La república toda tiene parte en esta lucha; la república toda debe ceñir el laurel de la victoria. Las legiones de Corrientes, Santa fe, Córdoba, Tucumán y Salta, se hallan en campaña; dirigen sus marchas a las riberas del Plata, y van en un día a dar libertad a la desgraciada provincia de Buenos Aires. Tiembla el tirano y su hora se acerca; hora de venganza para los argentinos; hora de escarmiento para sus opresores”.

Vamos a seguir citando párrafos textuales para demostrar que los contendientes han renunciado al diálogo de manera absoluta y que la lucha es realmente a muerte. Sólo terminará con el exterminio, el aniquilamiento del otro.

Así, se dice: “Sí, no hay duda.....No pedimos ni damos cuartel, *guerra a muerte, guerra a muerte contra el tirano miserable, contra sus sostenedores, contra sus aliados* (la cursiva es del escritor). He aquí nuestra divisa”. ...”No hay medio, ni conciliación, ni tregua”.

Finaliza de la siguiente manera: “Todos los argentinos aman a su patria, todos han resuelto empuñar el acero para salvarla, todos han jurado morir o libertarla; y cuatro malvados que sin consultar más que sus infames intereses personales, quieren perpetuar la tiranía del déspota asesino Rozas, van a ser reprimidos y castigados ejemplarmente, la cuchilla los aguarda. ¡Venganza gritan los sepulcros de nuestros padres! ¡Venganza, repiten las cunas de nuestros hijos! ¡Venganza! ¡Venganza! Y morirá el tirano de Buenos Aires, y morirán todos sus prosélitos; y la República Argentina tendrá leyes, tendrá libertad”.

¡Menudo borrador para una arenga! No nos quedan más palabras. Los comentarios huelgan. Todo está dicho.

Con un “¡Viva la Patria!” como título se inscribe un comentario de las noticias de los últimos números referido a los alzamientos de San Luis y de San Juan. Se hace el elogio de las tropas del coronel Alejandro Aparicio y del general Brizuela, que han intervenido en esas acciones.

El comentario alcanza a los sucesos del Sud y del Este. Se aclara que las tropas del ex-gobernador (salteador, dice el texto) Manuel López han sido derrotadas. Concluye cual clarín que pregonar al viento: “Las fuerzas de Córdoba han hecho ya sus primeros ensayos; y la gran superioridad que han obtenido sobre sus miserables enemigos, son un seguro presagio de que no combatirán ya más sin ser siempre vencedores, siempre dueños del campo y de la victoria”.

Vienen luego los documentos oficiales. En primer lugar, el gobernador provisorio de la provincia, José Francisco Álvarez, se dirige al señor Sargento Mayor D. Crisóstomo Álvarez, Comandante de la División del Tercero, al haber tenido noticias de la victoria lograda en “Frailemuerto”, sobre la “vanguardia del salteador López”. El lenguaje es el mismo que el del periódico: Rosas es “asesino” o “verdugo; López es “salteador” y la lucha seguirá hasta el “exterminio” del contrario, que es el “enemigo”.

En segundo lugar, el Gral. del segundo cuerpo del Ejército del Norte, Manuel Solá se dirige al Gobernador provisorio de Córdoba, para anunciarle que la provincia de Salta organizó una fuerza compuesta de trescientos infantes y doscientos coraceros, “destinada a expedicionar adonde las necesidades de la guerra lo exigieren”. Opina que

dichas fuerzas deben seguir adelante hasta la provincia de Buenos Aires o hasta Córdoba, “en donde tal vez convendría mantenerlas como reserva del ejército del inmortal Lavalle”.

A continuación siguen noticias sobre los movimientos de Ibarra en Santiago del Estero, que se mantenía fiel a Rosas, cosa que inquieta a los partidarios de la coalición del Norte.

Se da lugar a una correspondencia que recoge una composición, como loa a la libertad y al movimiento del 10 de octubre. Por último, tenemos nuestro ya rutinario aviso de la función teatral para el domingo 29 de noviembre.

Número 11.

Este número, que lleva como fecha 28 de noviembre, aparece a la luz en el día de la definitiva batalla- –que, naturalmente, aun no conocen los cordobeses- de Quebracho Herrado.

Comienza la editorial de tapa, sin título, salvo el genérico *El Estandarte Nacional*, como si todo hubiese concluido, y las fuerzas rosistas hubiesen sido derrotadas. Así, nos dice: “La horrorosa tiranía que ha sufrido la República Argentina exige venganza...” ¡Tanta era la confianza en la victoria y el optimismo de Vicente Fidel López y su gente!.

Pero leamos las palabras del propio escritor que, contagiado por la locura que envuelve a los protagonistas de la cruenta guerra civil, guerra civil que se da con las armas, con la pluma y por todos los medios al alcance de los contendientes. La victoria sola no basta. La victoria tiene como compañera a la venganza. Véase: la tiranía derrotada “exige venganza: pueblos que han sido esclavizados, ultrajados y destruidos, no se lavan con la mancha de oprobio que cayó sobre su frente por haberla sufrido, sino con la sangre y el exterminio de la raza tan perversa que los sojuzgó. La provincia de Santiago que ha yacido en su verdadero sepulcro, muerta para el adelanto del país, muerta para la industria, muerta para sí propia, porque jamás ha tenido una verdadera existencia entre las que componen la república, ¿cómo podrá olvidarse de que esta infamia se la debe a la mano brutal del cacique Ibarra?”.

El artículo sigue hasta el final con una actitud de esta naturaleza. A todos les llega el turno, a todos se los recuerda. Con respecto a Córdoba, se pregunta “¿Córdoba, qué

ha sido bajo los Reinafé, y bajo el estúpido salteador Manuel López? ¿Habrá un cordobés que lo recuerde y que no se incendie en el fuego sagrado de la venganza? Habrá un patriota que no acuse a este malvado como criminal famoso, que no esté decidido a perseguirlo a muerte, hasta hacer un ejemplar castigo digno de sus hechos delincuentes, y dejar satisfecha la vindicta pública?”.

El tono belicoso y triunfador sigue hasta el final, con la misma tesitura y los conocidos adjetivos y vocablos.

Nos encontramos poco después con otro artículo titulado “A los hacendados”. Se da cuenta que se tiene información acerca de la moderación con que el Gobernador imparte “sus órdenes a la campaña para proporcionarse los *caballos* y las *reses* que necesita nuestro ejército”

En verdad, debemos colocarnos en los tiempos en que se vivía. Todo ejército, entre otros elementos, necesitaba vitalmente el medio de transporte de la época: caballos y bueyes. Por otra parte, llevaba consigo las reses que debía sacrificar para la alimentación diaria de la tropa. De ahí que la victoria, en gran medida y en cualquier caso, podía deberse a esos dos elementos fundamentales. Y ellos fueron –ese día 28 de noviembre- un factor fundamental en la derrota de Lavalle en la batalla de Quebracho Herrado, que se dio en el lugar así llamado, en el este de la provincia de Córdoba, muy cercano a la provincia de Santa Fe, y a la actual ciudad de San Francisco (diez y ocho kilómetros).

Se les solicita a los hacendados algunos sacrificios y se les anuncia que “serán indemnizados satisfactoriamente, tan luego como haya terminado la guerra”. Se afirma que “los hacendados tienen una garantía más: el Gral. Lavalle en una de sus comunicaciones a este Gobierno, les asegura que abonará en la misma especie, todos los ganados que se estrajeren (sic) de esta provincia”. Cabe observar que este artículo identifica el periódico con el propio gobierno, ya que no tiene firma y se ofrece una real contraprestación.

Por lo demás, luego de lo ocurrido, es de conjeturar que, si hubo entrega de caballos y reses, ni el gobernador Álvarez ni el general Lavalle tuvieron ocasión de cumplir con la promesa, a pesar del párrafo que dice que “estas promesas no se hacen sino para ser cumplidas”.

El resto del ejemplar contiene documentos oficiales y avisos. Entre los primeros se cuenta una carta del Gobernador Provisorio de la Provincia de Córdoba al Exmo. Sr. Gobernador y Capitán Gral. de la Provincia de la Rioja, Gral. en Jefe del

Ejército Libertador del norte, Brigadier D. Tomás Brizuela, de fecha 18 de noviembre. Por cierto, es firmada por José Francisco Álvarez y refrendada por José Julián Martínez.

Por el tenor y los términos de esta carta, el gobierno tiene conciencia que la ubicación geográfica de Córdoba, cerca del propio “teatro de la guerra”, implica un serio riesgo y que la contienda “decidirá la suerte de la república entera”.

Adelanta la confirmación de que el General Lamadrid, al mando en jefe de las fuerzas de esta provincia, “se halla en comunicación y obra de acuerdo con el general Lavalle”. Lamentablemente se comprobó luego que algo había fallado porque dichas fuerzas no se reunieron para dar la batalla a Oribe. La misiva pasa revista a los acontecimientos ocurridos en la provincia de Córdoba; en la de Mendoza en la que Casimiro Recuero encabezó el movimiento del 4 de noviembre; en la de San Luis, en la que el alférez Baigorria el 11 del mismo mes entró en dicha capital. En todo caso, califica como crítica la situación del “escandaloso” fraile Aldao.

Conjetura que, con todo ello, “tendremos puerto en Mendoza, tendremos armas en Chile, y las simpatías poderosas de la emigración argentina”.

Cierra la nota con noticias sobre la actividad de Rosas, después de anunciar que el General Lamadrid, instaló su campamento en el Tío, al este de la Provincia de Córdoba. .

Obra en este ejemplar, además, otra comunicación dirigida por el gobierno cordobés, con fecha 21 de noviembre al Gobernador de la Provincia de Salta, Don Manuel Solá. Acusa recibo de su comunicación y lamenta que no le hayan llegado a Salta dos notas que enviara.

Por lo demás, le expresa que el general Lavalle, “después de una campaña sin resistencia en la provincia de Buenos Aires, vio la necesidad de destruir previamente a Pablo López, y persiguió a este caudillo hasta el mismo Chaco donde disolvió toda su fuerza”. En verdad, esta relación, hecha a grandes rasgos, creemos que no es del todo correcta.

Le impone de otras novedades ocurridas. Relata aun que “recibido el ejército libertador con entusiasmo en la ciudad de Santa Fe (sic), eligió el general Lavalle, aquel lugar tan aparente para *reponer sus caballadas*, y reunir todos los elementos de guerra de las provincias del interior”.

Continuando con la pintura de la situación político-militar, le hace saber que un ejército poderoso “del Estado Oriental al mando del presidente Ribera (sic) y en combinación con otro de Corrientes a las órdenes del general Paz, penetraba entretanto en la provincia de Entrerios (sic). La lucha no puede ser larga, ni el triunfo dudoso desde que Echagüe ha desprendido lo más escogido de sus fuerzas para socorrer al verdugo Rozas...”

Finaliza la misiva no sin dejar de decir que el campo del general Lavalle es el lugar de reunión.

Y finaliza el texto del ejemplar con un aviso del teatro en el que se anuncia la comedia en cuatro actos de *El Barbero de Sevilla*.

Más abajo, un aviso comercial importante: Se vende la casa de don Victorio Freites, que se ubica a dos cuabras y media al este de la esquina de la Iglesia de la Merced, como también un Puesto a media legua de la ciudad Capital, sobre el camino real para Buenos Aires.

Número doce.

El número 12, fechado el día dos de diciembre de 1840, finaliza, como siempre, con los vocablos “Imprenta de la Universidad”. Es el último número.

Siguiendo la pauta de los últimos ejemplares, la tapa, con el genérico *El Estandarte Nacional*, entona su aguerrida voz.

Comienza aseverando que los revolucionarios de Mayo que conquistaron la libertad, jamás pensaron que “este suelo libre podía ser hollado por un miserable déspota”. Ellos legaron a sus hijos una patria libre y les dijeron: “he aquí la patria que hemos adquirido después de muchas campañas, después de grandes privaciones y de inmensos sacrificios; conservadla libre e independiente...” “¡Y el déspota asesino Rozas está entre nosotros! ¡Y este miserable oprime a Buenos Aires, cuna de la libertad americana! ¡Y todos los argentinos corren a exterminar, a arrancar para siempre de sus manos sangrientas el cetro de hierro con que este malvado tiraniza a su patria!”.

Deseamos transcribir algunos fragmentos más para lograr alguna conclusión respecto de la fecha en que la funesta noticia de Quebracho Herrado llegó a la ciudad de Córdoba. Teniendo presente que el periódico ha aparecido con fecha 2 de diciembre, no pareciera que ese hecho se hubiera producido, conforme el texto de este editorial, que continúa: “¡Argentinos! Recordad lo que debéis a la generación de Mayo, lo que debéis a

la patria y lo que debéis a sí mismos, y lo que debéis a la posteridad; mirad a un tiempo vuestras tradiciones gloriosas, el estado deplorable en que se halla la república, lo que espera a vosotros, hijos, si triunfa la causa de la libertad, y lo que les espera si triunfa el déspota; sí, miradlo todo a un tiempo y entonces decidíos”.

Pareciera que el autor tiene la impresión de que se está en vísperas de la gran confrontación, de la gran batalla...pero no conoce que ella ya se había dado.

Esa impresión se robustece más con las palabras que siguen: “¡Y qué!...¿No se hallan en campaña las legiones impertérritas de Corrientes, Santa Fe, Córdoba, la Rioja, Salta, Tucumán, San Luis y Catamarca? ¿No se ha pronunciado ya la república toda y puesto el fallo inexorable de muerte para el tirano, de muerte para su función infame? Justicia, a los hijos de la república de Mayo; ellos han jurado morir o dar libertad a su patria; ellos cumplirán este juramento”.

Hasta aquí pareciera que nada autoriza a pensar que el autor conociera el resultado de la batalla que tuvo lugar el 28 de noviembre. Si embargo, la realidad no es ésa.

El texto tiene un corte, una separación con un pequeño trazo.

El autor ha respirado y, luego, ha proseguido.

Anotaremos el texto final: “Se aproxima ya el día de exterminio para el execrable tirano de Buenos Aires, para su infame facción, para todos los enemigos de la patria y de la libertad; se aproxima ya el día de la justicia, el día de venganza para todos los argentinos. El inmortal general Lavalle, el primero de los caudillos de la libertad, el hijo predilecto de la patria, y de la victoria, ha pisado nuestro territorio, después de haber batido en el Paso de Vera a los miserables restos de Pacheco y de Pablo López; y reunido a los bravos que manda el valiente guerrero de la independencia, el general la Madrid (sic) y los veteranos de la provincia de Salta, han formado una hueste terrible en que se estrellará la rabia y la impotencia de nuestros enemigos”.

“¡Libertad! ¡Libertad en toda la república, o muerte! ¡muerte para todos! Triunfaremos en esta lucha sagrada, obligaremos a los enemigos de la patria a que depongan las armas que han alzado para combatir contra ella, o nos sepultaremos todos bajo sus escombros; todos, amigos y enemigos de la buena causa; todos, amigos y enemigos del déspota”.

Y de esta manera finaliza el vibrante alegato-arenga de Vicente Fidel López, en este número final. Las últimas palabras transcriptas inducen a pensar que la batalla decisiva se avecina. En manera alguna que ya se haya dado. Y, en verdad, el autor está ocultando

una noticia terrible de la que –según creemos firmemente- tiene conocimiento, para no alarmar a la población.

Vienen a nuestro encuentro, seguidamente, los documentos oficiales. El primero contiene una comunicación originada en el gobierno de San Luis, del 14 de noviembre, dirigida al gobernador de Córdoba, Dr. José Francisco Álvarez.

Anuncia la feliz culminación del movimiento revolucionario y la elección, en cabildo abierto, de una junta gubernativa para regir los destinos de la provincia. Fueron electos José Leandro Cortés, Esteban Adaro y José Rufino Poblet. Se incluye, asimismo, una proclama que los recién electos dirigen al pueblo puntano.

Las mismas autoridades noveles se dirigen al gobierno de la provincia de Córdoba y al de Tucumán.

Como registro oficial se insertan cuatro decretos. Nos interesa destacar que tres de ellos llevan la fecha del primero de diciembre, es decir, fecha posterior a la de la batalla de Quebracho Herrado, que ya había tenido lugar el sábado 28 de noviembre. Uno de ellos dispone que “toda clase de armas” deberán ser presentadas a la Policía “en el término de dos días”. Otro establece la creación del “Batallón Republicano”. El último trata de los esclavos que quedan sujetos hasta la edad de cincuenta años “al enrolamiento que se hace actualmente, para llenar el número de plazas a que se ha ordenado que suba el “Batallón de Cazadores de la Libertad”.

La fecha de los decretos, por una parte, puede demostrar que el gobierno ya conocía el resultado de la batalla de Quebracho Herrado y que las medidas adoptadas en estos decretos tenían por fin prevenirse para la defensa.

En el artículo tercero dice: “Concluida la guerra que la provincia hace al facineroso tirano de Buenos Aires, el Gobierno abonará el importe de los esclavos enrolados a sus respectivos amos, y quedarán libres...”

El tenor de esta disposición abonaría también la tesis de la resistencia.

(26).

Por otra parte, se publica un aviso del teatro, que convoca a una función para el domingo 6 de diciembre.

Y esto es todo. Se habían publicado, pues, doce números desde el 24 de octubre al 2 de diciembre de 1840. *El Estandarte Nacional*, luego de su breve vida – esfuerzo tenaz y sostenido de Vicente Fidel López- calló su voz para siempre.

La batalla de Quebracho Herrado, que –como decimos- tuvo lugar el sábado 28 de noviembre de 1840, en el este cordobés, no muy lejos de la línea divisoria –que en aquel entonces debió ser muy difusa- con la provincia de Sante Fe, dio por tierra con todos los sueños y con todas las ilusiones de los jóvenes, que, poco más o poco menos, revelaron su espíritu unitario.

Juan Cruz Varela y Florencio Varela, lo eran sin hesitación alguna. Más aun después de esa batalla, donde fue fusilado por la espalda el más joven de los Varela (Rufino), probablemente por orden de Oribe o con su anuencia tácita. Los demás jóvenes de la generación del '37, no podían estar con los rosistas, por razones que no hace falta recordar, aunque eso no significara que, desde el punto de vista de la organización del país, debían admitir que la palabra “federación”, no podía estar totalmente ausente de su vocabulario.

¿Qué podían hacer ahora Vicente Fidel y sus amigos sino emprender el camino del emigrado siguiendo la vía más empinada, esto es, por la cordillera de los Andes para encontrarse todos ellos en el país chileno?

III. LA “ASOCIACIÓN DE LA JOVEN ARGENTINA”.

La lectura de los doce números de *El Estandarte Nacional* revela que el joven Vicente Fidel López se propuso, no sólo fundar una filial de la *Joven Argentina* en Córdoba, sino hacer conocer también las *Palabras Simbólicas* de Esteban Echeverría, que habían sido publicadas en Montevideo en el periódico *EL Iniciador* por Juan Bautista Alberdi el primero de enero de 1839.

Esa tarea implicaba, en verdad, hacer conocer públicamente el pensamiento de la generación de 1837, difundido en la revista *La Moda* y en el periódico montevideano después.

Con ese propósito, en el número siete, del 14 de noviembre de 1840, comienza, en *El Estandarte Nacional*, la publicación de la primera palabra simbólica y avanza su comentario para explicarla; y, más adelante, en el número ocho, la segunda.

Nosotros transcribiremos, en primer lugar, dichas publicaciones, ambas precedidas de la palabra *Filosofía*.

“ *Filosofía*.

“ *1.ASOCIACION.*

“*La sociedad es un hecho estampado en las páginas de la historia, y la condición necesaria que la providencia impuso al hombre, para el libre ejercicio y pleno desarrollo de sus facultades, al darle por patrimonio el universo.*

Ella es el vasto teatro en donde su poder se dilata, su inteligencia se nutre, y sucesivamente aparecen las partes de su incansable actividad.

La asociación para el hombre, es una ley de la providencia y una necesidad de su ser. Desde las más altas especulaciones de la ciencia, hasta las más humildes labores de la industria, todo está subordinado, todo se engendra y nace de la asociación y la actividad humana, en todas sus formas no puede ejercerse eficazmente sino por medio de la asociación.

Su espíritu reúne a los hombres, los arranca del aislamiento, los acostumbra a vivir colectivamente, despierta en sus actitudes estas simpatías y es capaz por sí solo de moralizarlos.

El liga los corazones y las inteligencias con el vínculo de idénticas creencias; les crea mientras aparece la grande, una patria en pequeño, en cuyo recinto, los efectos sociales, se nutren y toman cuerpo y extienden incesantemente su influjo hasta abarcar la nación entera y la humanidad.

Sin asociación no hay progreso, o más bien, ella es la condición forzosa de toda civilización, y de todo progreso.

Trabajar para que se difunda y esparza entre todas las clases el espíritu de asociación será poner las manos en la grande obra del progreso y civilización de nuestra patria.

No puede existir verdadera asociación, sino entre iguales. La desigualdad, engendra odios y pasiones, que ahogan la confraternidad y relajan los vínculos sociales.

Para extender la órbita de la asociación, y al mismo tiempo robustecerla y estrecharla, es preciso nivelar las individualidades sociales o poner su conato en que se realice la igualdad.

Para que la asociación corresponda ampliamente a sus fines, es necesario organizarla y constituir la de modo, que no se choquen ni dañen mutuamente los intereses sociales y los intereses individuales, o combinar entre sí estos dos elementos; el elemento social y el elemento individual, la patria y la independencia del ciudadano. En la alianza y armonía de estos dos principios, estriba todo el problema de la ciencia social.

La vida, consiste esencialmente en la relación divina y necesaria de seres individuales y libres.

El derecho del hombre y el derecho de la asociación, son igualmente legítimos.

La política debe encaminar sus esfuerzos y asegurar, por medio de la asociación, a cada ciudadano su libertad y su individualidad.

La sociedad debe poner a cubierto la independencia individual de todos sus miembros, como todas las individualidades están obligadas a concurrir con sus fuerzas al bien de la patria y a la prosperidad de la nación.

La sociedad, no debe absorber al ciudadano o exigirle el sacrificio absoluto de su individualidad. El interés social, tampoco permite el predominio exclusivo de los intereses individuales, porque entonces la sociedad se disolvería, no estando sus miembros ligados entre sí por vínculo alguno.

La voluntad de una nación o de la mayoría, no puede establecer un derecho atentatorio del derecho de un individuo, porque no hay sobre la tierra autoridad alguna

absoluta, porque ninguna es órgano infalible de la justicia suprema, y porque más arriba de las leyes humanas está la ley de la conciencia y de la razón.

Ninguna autoridad legítima, impera sino en el nombre del derecho, de la justicia y de la verdad. A la voluntad nacional, verdadera conciencia pública, toca interpretar y decidir soberanamente sobre lo justo, lo verdadero y lo obligatorio, he aquí el dominio de la ley positiva. Pero más allá de esa ley, y en otra esfera más alta, existen los derechos del hombre, que siendo la base y las condiciones esenciales del orden social, se sobreponen a ella y la dominan.

Ninguna mayoría, ningún partido, o asamblea, tiene derecho para establecer una ley que ataque las leyes naturales, y los principios conservadores de la sociedad, y que ponga a merced del capricho de un hombre la seguridad.

El pueblo que comete este acto es insensato o al menos estúpido, porque usa de un derecho que no le pertenece, y porque vende lo que no es suyo, la libertad de los demás, porque se vende a sí mismo, no pudiendo hacerlo, y se constituye esclavo, siendo libre por la ley de Dios y de su naturaleza.

La voluntad de un pueblo, jamás podrá sancionar como justo, lo que es esencialmente injusto.

Alegar razones de estado, para contestar la violación de estos derechos, es introducir el maquiavelismo y sujetar de hecho a los hombres al desastroso imperio de la fuerza y de la arbitrariedad.

La salud del pueblo no estriba en otra cosa sino en el religioso e inviolable respeto de los derechos de todos y de cada uno de los hombres que la componen.

Para ejercer derechos sobre sus miembros, la sociedad debe a todos justicia, protección igual, y leyes que aseguren su persona, sus bienes y su libertad.

Ella se obliga a ponerlos a cubierto de toda injusticia, violencia.

A tener a raya, para que no se dañen sus posesiones recíprocas. A ponerlos en estado de trabajar, sin estorbos ni trabas en su propio bienestar, sin perjuicio del de los otros.

A poner cada uno, bajo la salvaguardia de todos, para que pueda gozar pacíficamente de lo que posee o ha adquirido con su trabajo, su industria y sus talentos.

Cada uno de los miembros de la asociación, está obligado por su parte, a respetar la libertad y la propiedad de sus conciudadanos y a cooperar con sus fuerzas para hacerlas respetar.

La potestad social que no hace esto, que en vez de confraternizar, divide; que siembra entre los ciudadanos la desconfianza y el encono, que atiza el espíritu de partido, y las venganzas, que fomenta la perfidia, el espionaje y la delación, y tiende a convertir la sociedad en un enjambre de delatores, de verdugos, y de víctimas, es una potestad inicua, inmoral y abominable.

La institución del gobierno, no es útil, moral y necesaria, sino en cuanto propende a asegurar a cada ciudadano imprescriptibles derechos, y principalmente su libertad.

La perfección de la asociación está en razón de la libertad de todos y de cada uno. Para conseguirla es preciso predicar fraternidad, desprendimiento, sacrificio mutuo entre los miembros de una misma familia. Es necesario trabajar para que todas las fuerzas individuales, lejos de aislarse y reconcentrarse en su egoísmo, concurren simultánea y colectivamente a un fin único: -al progreso y engrandecimiento de la nación.

El predominio de la individualidad nos ha perdido. Las pasiones egoístas han sembrado la anarquía en el suelo de la libertad, y esterilizado sus frutos: -de aquí resulta el relajamiento de los vínculos sociales: -que el egoísmo está entrañado en todos los corazones y muestra en todas sus partes, su aspecto deforme y ominoso: -que los corazones no palpitan al son de las mismas palabras, y a la vista de los mismos símbolos: -que las inteligencias no están unidas por una creencia común en la patria, en la igualdad, en la fraternidad y la libertad: -que el hombre no halla en sus semejantes una fibra que vibre al unísono de las suyas; y que todos, cuando no como enemigos, nos miramos como extraños o miembros de distinta familia.

De aquí nacen también que vayan extinguiendo las simpatías, origen de los afectos morales, porque aun cuando somos de una misma especie, no pertenecemos a la misma comunidad, y apenas nos consideramos hijos de una misma patria.

¿Cómo reanimar esta sociedad en disolución? ¿Cómo hacer predominar el elemento sociable del corazón humano, y salvar la patria y la civilización? El remedio sólo existe en el espíritu de asociación.

Asociación, progreso, libertad, igualdad, fraternidad, términos correlativos de la gran síntesis social y humanitaria: -símbolos divinos del venturoso porvenir de los pueblos y de la humanidad.

La libertad no puede realizarse sino por medio de la igualdad, y la igualdad sin el auxilio de la asociación o del concurso de todas las fuerzas individuales

encaminadas a un objeto único, indefinido, -el progreso continuo: -fórmula fundamental del decimonoveno siglo.

Aquella organización social será más perfecta, que ofrezca mayores garantías al desarrollo de la igualdad y de la libertad, y dé mayor ensanche al ejercicio libre y armónico de las facultades humanas: -aquel gobierno será mejor, que tenga más analogía con nuestras costumbres y nuestra condición social.

El camino para llegar a la libertad es la igualdad; la igualdad y la libertad son los principios engendrados de la Democracia.

La Democracia es por consiguiente el régimen que nos conviene, y el único realizable entre nosotros.

Preparar los elementos para organizar y constituir la democracia, que existe en germen en nuestra sociedad, he aquí también nuestra misión.

La asociación de la joven generación argentina representa en su organización presente el porvenir de la nación Argentina.

Su misión es esencialmente orgánica.

Ella procurará derramar su espíritu y su doctrina.

Extender el círculo de sus tendencias progresivas.

Atraer los ánimos a la grande asociación nacional, uniformando las opiniones y concentrándolas en la patria, y en los principios de la igualdad, de la libertad y de la fraternidad de todos los hombres.

Ella trabajará en conciliar y poner en armonía el ciudadano y la patria, el individuo y la asociación.

Ella pondrá todo su conato en preparar los elementos de la organización de la nacionalidad Argentina, sobre la base democrática.

Ella en su institución definitiva, procurará hermanar las dos ideas fundamentales de la época: patria y humanidad, y hacer que el movimiento progresivo de la nación marche conforme con el movimiento progresivo de la grande asociación humanitaria”.

“ Filosofía.

“2. PROGRESO.

“La humanidad es como un hombre que vive siempre y progresa continuamente. Ella con un pie asentado en lo presente y otro extendido hacia el porvenir, marcha sin fatigarse, como impelida por el soplo de Dios, en busca del Edén, prometido a sus esperanzas.

Cielo, tierra, animalidad, humanidad, el universo entero, tiene una vida peculiar, que se desarrolla en el tiempo, por una serie de generaciones continuas: esta ley se llama la ley del progreso.

Así como el hombre, los seres orgánicos y la naturaleza, los pueblos también están en posesión de una vida propia, cuyo desenvolvimiento continuo constituye su progreso; porque la vida no es otra cosa, en todo lo creado, que el ejercicio incesante de la actividad.

Todas las asociaciones humanas existen por el progreso y para el progreso, y la civilización misma no es otra cosa que el testimonio indeleble del progreso humanitario.

Todos los conatos del hombre y de la sociedad se encaminan a procurarse el bienestar que apetecen.

El bienestar de un pueblo está en relación y nace de su progreso.

Vivir conforme a la ley de su ser es el bienestar.

Sólo por medio del ejercicio libre y armónico de todas sus facultades, pueden los hombres y los pueblos alcanzar la aplicación más extensa de esta ley.

Un pueblo que no trabaja por mejorar de condición, no obedece a la ley de su ser.

La revolución para nosotros, es el progreso. La América, creyendo que podría mejorar de condición, se emancipó de la España. Desde entonces entró en las vías del progreso.

Progresar es civilizarse o encaminar la acción de todas sus fuerzas, al logro de su bienestar, o en otros términos, a la realización de la ley de su ser.

La Europa es el centro de la civilización de los siglos y del progreso humanitario.

La América debe, por consiguiente, estudiar el movimiento progresivo de la inteligencia europea: pero sin sujetarse ciegamente a su influencia. El libre examen y la elección tocan de derecho y son el criterio de una razón ilustrada. Ella debe apropiarse de todo lo que pueda contribuir a la satisfacción de sus necesidades. Debe conocerse y alumbrarse en su carrera, caminar con la antorcha del espíritu humano.

Cada pueblo tiene su vida y su inteligencia propias. Del desarrollo y ejercicio de ellas nace su misión especial, la cual concurre al lleno de la misión general de la humanidad.

Esta misión constituye su nacionalidad.

La nacionalidad, es sagrada.

Un pueblo que esclaviza su inteligencia y su progreso, no tiene misión alguna, ni llegará jamás a constituir su nacionalidad.

Cuando la inteligencia americana se haya puesto al nivel de la inteligencia europea, brillará el sol de su completa emancipación”.

Hasta aquí lo que *El Estandarte Nacional* nos expresa. Y esto nos induce a hacer algunas reflexiones. No dice Vicente Fidel López de qué trata el tema ni de dónde viene, si viene al caso, lo que, en verdad, sólo ha *transcripto*.

Porque lo que se acaba de leer es nada más y nada menos que la versión de las dos primeras *Palabras Simbólicas* que Alberdi publicara en el periódico *El Iniciador*, de Montevideo, el primero de enero de 1839, cuyo autor real era Esteban Echeverría y que fuera aprobada por la *Asociación de la Joven Argentina*. Es la que se llamó primera edición, cuyo título original fue “*Código, o declaración de los principios que constituyen la creencia social de la República Argentina*”. Seguía después el vocablo “Introducción” y, luego: “*Palabras simbólicas de la fe de la Joven Generación Argentina*”

Más tarde, Esteban en Echeverría, durante su exilio en Montevideo, publicó la segunda edición, con algunas pequeñas variantes, pero con el título de “*Dogma Socialista de la Asociación de Mayo*”. La publicación de esta versión tiene una introducción donde Echeverría expresa que ha “variado su título, suprimido algo superfluo, y anotado las citas que recordamos”.

Por consiguiente, la transcripción que hace Vicente Fidel López es la de la primera edición de 1839. Naturalmente, la segunda es de 1846 y no podía ser conocida en 1840.

Surge claro, entonces, que la filial que funda en Córdoba nuestro joven López es una filial de la “*Asociación de la Joven Argentina*” y no de la “*Asociación de Mayo*”, pues este nombre es utilizado, más tarde, por Echeverría, en Montevideo en 1846.

Pero lo que nos resulta sorprendente es que Vicente Fidel no aclara que el texto publicado haya sido escrito por Echeverría. Nos parece que, cualquier lector, desprevenido,

y sin haber sido informado, pudo y puede creer que esos textos habrían sido elaborados por el propio López. Además, la palabra “Filosofía”, en ambos casos como título que precede al trabajo, es otro elemento que lleva a la confusión del lector para afirmarle en la creencia que los artículos tienen como autor a Vicente Fidel López.

La abrupta desaparición del periódico, dejó trunca la publicación con apenas transcritas las dos primeras palabras simbólicas: asociación y progreso.

Seguramente, a no ser por el resultado adversa de la batalla de Quebracho Herrado, López habría seguido con el periódico y habría aparecido el resto de las palabras.

IV. LA BATALLA DE QUEBRACHO HERRADO.

Nos resulta imposible cerrar esta obra sin antes dar también una breve noticia sobre la batalla de Quebracho Herrado, que tanta significación tuvo sobre el destino del país, dado que Juan Manuel de Rosas, gracias a la victoria de Oribe, pudo permanecer doce años más ejerciendo su férreo poderío.

El tema ha sido tratado por diversos autores. Pero, luego de algunas lecturas, nos decidimos por seguir especialmente a Ernesto Quesada, en su obra *Lavalle y la batalla de Quebracho Herrado*(27) y un trabajo relativamente breve de Joaquín G. Martínez (28).

Con este último, haremos notar que nuestra historia argentina cuenta con dos hechos históricos, ocurridos ambos en el este de la provincia de Córdoba, que tuvieron notorias consecuencias: en el primero, el caballo del General Paz fue boleado “a pocas leguas del Fuerte del Tío; el segundo, fue la derrota del Ejército de Juan Lavalle en el lugar denominado Quebracho Herrado”. Martínez define de esta forma las consecuencias de dichos sucesos:

“Resulta así, de ambos acontecimientos aciagos, que los dos hechos trascendentales en el historial patrio que nos concierne, fueron adversos para la causa de la libertad.”

“La prisión durante ocho años del general Paz y la derrota del Ejército Libertador, comandado por Lavalle, significaron por más de una década el afianzamiento de la atroz tiranía de don Juan Manuel de Rosas.”

1. El parte de Oribe.

Tomamos del mismo trabajo el parte de batalla del General Oribe.:

“Cuartel General en la Villa de los Ranchos (Villa del Rosario actual), diciembre 12 de 1840, Año 31 de la libertad, 25 de la independencia y 11 de la confederación argentina,

“Al Excmo. Sr. Gobernador y capitán General de la Provincia de Buenos Aires, encargado de las relaciones exteriores de la confederación Argentina, Ilustre Restaurador de las leyes, Brigadier General D. Juan Manuel de Rosas. Excmo. Señor: Por mi parte dado el 29 pasado, tuve el honor de dar cuenta a V. E. de la gloriosa batalla

obtenida por el denuedo del valiente ejército de mi mando sobre el que comandaba el salvaje unitario Juan Lavalle; ahora me contraeré a poner en el respetable conocimiento de V. E. sus detalles, aunque en pequeño:

El 25 supe de una manera positiva que el enemigo había repasado el Salado, y que se dirigía a la Provincia de Córdoba, buscando la incorporación del cabecilla traidor Lamadrid, habiendo adelantado en dos jornadas al ejército unido: la ruta que él había elegido para verificar su retirada ofrecía obstáculos que bien considerados eran insuperables, cuando ella debía servir de teatro para maniobrar ambos ejércitos. Al de la confederación se le presentaba la ocasión anhelada a que había dedicado hasta ese momento sus constantes fatigas para ofrecer batalla al bando unitario. El convencimiento del acendrado patriotismo que poseen nuestros virtuosos soldados se aumentó sabedores de que no estaba distante la ocasión de medir sus virtuosas armas con los amotinados. Esta bien pronunciada demostración, unida, Excmo. Sr., al contento que se les advertía en sus semblantes, era precursor del triunfo que debía obtenerse, máxime cuando la justicia de la buena causa que defiende a costa de sangre, dirige sus pasos en sostén de los derechos más sagrados de la confederación Argentina; cuyas consideraciones me dieron a dictar todas las órdenes y medidas conducentes para emprender la operación decisiva de persecución al enemigo, reduciendo el material del Ejército a la mayor movilidad posible, pues que existía la visible necesidad de penetrar en un desierto sin agua, sin alimentos y en el cual nuestras tropas antes y después de la batalla han recorrido el espacio de treinta leguas bajo un sol abrasador que aumentaba la sed de los hombres y los caballos; habiendo sufrido por aquellas causas la muerte varios soldados de Infantería y caballería y más de cuatro mil caballos.

Con este motivo la vanguardia, reforzada con mil hombres, tuvo órdenes de aproximarse al enemigo, cuyos designios estaban penetrados, hostilizados día y noche para detener en cuanto posible fuera su marcha y frustrar con decisivo arrojó el plan adoptado de evitar un suceso de armas, dándole alcance con el todo del ejército para forzarlo a él definitivamente. En efecto, el 26 y 27 se cumplieron debidamente mis prevenciones, guerrilleándolo con buen suceso. Así consiguió amanecer el 28 el Ejército Unido a tres leguas distantes del enemigo, después de vencidos y dejados a su espalda una parte de los inmensos riesgos que la naturaleza del país ofrecía; a las dos de la mañana rompió su marcha el Ejército, a las nueve se hallaba próximo al del enemigo, que estaba formado en línea, cubierta su espalda y flanco izquierdo por los montes de quebracho,

pero con la evidente intención de continuar su retirada que no le era posible ejecutar, pues las divisiones del Ejército de mi mando redoblaban su marcha en conformidad a las órdenes que recibían para la distancia calculada en que se debía desplegar la batalla, operación que fue practicada con la mayor precisión y regularidad, de la manera siguiente: -La ala derecha del Ejército Unido compuesta de dos escuadras de la división santafesina, de un escuadrón del regimiento N° 10 de caballería, del regimiento N° 1 y la división sud, a las órdenes del valiente y hábil general Don. Ángel Pacheco, la desplegó escalonada por la izquierda y destacando con oportunidad de dos primeros escuadrones que se mencionan, con órdenes de caer sobre el flanco izquierdo del enemigo se le adelantó en su apoyo al del N° 1 y el N° 2. Ejecutada esta operación que impuso el enemigo, era ya preciso continuarla con arrojo; así es que a esta parte de la línea fue donde se dio principio a la batalla con conocidas ventajas que era preciso aprovechar, instando principalmente al enemigo a una posición inamovible con el fin de evitar reforzar su izquierda. Para conseguir este objeto nuestra ala izquierda compuesta en su totalidad de caballería tuvo órdenes de marchar rápidamente, desplegar escalonada por la derecha y atacar a la derecha de los salvajes unitarios sin arreglar ese movimiento a nuestra columna de infantería y artillería que, como es natural, había atrasado su marcha. EL intrépido coronel D. Hilario Lagos la tenía a sus órdenes compuestas de sus escuadrones del Regimiento N° 3, de la división de Orientales y Dragones de Buenos Aires, más tres escuadrones del expresado Regimiento N° 3; estos últimos formaban su reserva mandada por el coronel D. Vicente González. Los indios amigos también le pertenecían, y fue con ellos que la derecha enemiga fue entretenida y flanqueada. Dispuestas nuestras dos alas en la forma que se acaba de expresar, se llevó el ataque sobre la posición del ejército enemigo que lo recibió; habiéndose trabado la batalla con cargas de caballería que alternativamente se dieron por una y por otra parte, sobresaliendo siempre el valor de los dignos soldados de la confederación.

En esta situación, el intrépido coronel Costa, jefe principal de la división del centro, compuesta de los batallones Independencia, seis piezas de artillería, batallón Patricios y Defensores de la Independencia fue prevenido entrar en su central colocación que le era destinada y atacar la artillería e infantería enemiga que también formaba el centro contrario; la operación se practicó con la plenitud, que lo mandaban las circunstancias. Nuestra artillería a las órdenes del comandante D. José Pons rompió un activo, vigoroso y bien dirigido fuego, que apagó los que hacía la artillería enemiga.

Este fue el instante en que la batalla se hizo general: nuestras líneas aseguraron su apoyo por la mutua ligazón que tomaron las tres armas, de que resultó que las bizarras cargas de nuestra valiente caballería, fueran más decisivas.

Hasta este momento el enemigo había dirigido con encarnizamiento el triunfo, y muy particularmente en su izquierda que fue reforzada por tres escuadrones que tenía como una reserva, y en protección de su convoy; sin embargo este esfuerzo fue inútil porque el general Pacheco con la derecha de su mando siempre eligió con tino y bravura todas las ocasiones ventajosas que se le presentaron en esta parte de la línea hasta que afirmó la victoria, en busca de la cual avanzó todo nuestro Ejército sin cesar, destrozando el del enemigo en todos los puestos en que ofrecían resistencia y aceptaban chocar hasta conseguir forzarlos a ceder el campo en que fueron sepultados, pues la derrota y el espanto se propagó en todo el ejército de los traidores y salvajes unitarios que empezaron a sufrir una tenaz persecución en cinco leguas: durante ella, el general Pacheco con algunos escuadrones, dio alcance al batallón de infantería enemiga, a quien intimó rendición, el cual con todos sus jefes, oficiales, tropa se le sometieron.

El enemigo ha dejado sobre el campo de batalla más de mil quinientos cadáveres, entre éstos varios jefes y muchos oficiales: en poder del Ejército Unido seis jefes prisioneros; cincuenta y cinco oficiales de los cuales adjunto a V. E. lista nominal señalada con el número 1: y más de quinientos prisioneros en tropa: cuatro piezas de artillería calibre de a cuatro dos obuses de campaña; veinte y dos mil quinientos cartuchos a bala, fusil y tercerola; cuatrocientos fusiles, mil trescientos setenta lanzas, dos banderas, una imprenta, tres mil caballos, seis cajas de guerra, todos los objetos de artillería, parque, vestuarios, provisión y artículos de guerra y toda su correspondencia oficial y privada, las familias, con cuanto contenían, un sin número de carretas. No va comprendido el armamento de los muertos y el que el enemigo ha arrojado en su precipitada desordenada fuga, que se ha recogido en los montes.

Creo también contundente transmitir al superior conocimiento de V. E. el exacto conocimiento de la denominación de los cuerpos que componían el ejército, que demuestra la fuerza numérica de los salvajes unitarios: queda por resultado haber presentado en la batalla, cuatro mil doscientos combatientes.

El Ejército Unido Federal no podía, Excmo, sólo haber alcanzado tan completa victoria, sin pérdida de algunos de sus leales y esforzados servidores. Tengo pues, el sentimiento de significar a V. E. que todos los que componen, sienten la pérdida

de un jefe, cinco oficiales, treinta soldados muertos y su jefe, cinco oficiales y cuarenta y cuatro hombres de tropa heridos. La relación nominal de unos y otros, la remitiré oportunamente a V. E.

Hecho el fiel y más escrupuloso análisis de sucesos que precedieron a la brillante batalla del Quebracho Herrado, del orden en que combatió en ese día de gloria para la Patria, y de los inmensos resultados que ella obtuvo y obtendrá aun por consecuencia de tan señalada victoria, me resta todavía un deber que llenar cerca de V. E., pero un deber grato para mí, a la vez que objeto de la más rigurosa justicia. Hablo del reconocimiento a que de parte de todos los pueblos de la Confederación, como la de ese Gobierno que preside sus negocios generales, se han hecho acreedores los jefes, oficiales y tropa de su ejército, cuyas virtudes son iguales a su valentía y denuedo. Unos y otros pueden gloriarse con sentimiento de tener defensores cuya constancia y decisión los ha hecho soportar con alegría los rigores de un sol abrasador, pero más que todo, los horrores de una sed inaguantable que padecieron en tres días empleados en recorrer un desierto que no encontramos una sola gota de agua, pues la muy escasa que se hallaba en su tránsito era inutilizada de paso por los salvajes unitarios, en cuyos días progresivamente se aumentaba la precipitación de las marchas para dar alcance al enemigo que redoblaba las suyas, sin que en la ansiedad del cansancio, ni de la sed que los devoraba, respirase el alma de tan valientes soldados una queja, una muestra de descontento, sin otro sentimiento que el muy noble patriótico y entusiasta de gloria a la Confederación Argentina. Exterminio y baldón a los desnaturalizados salvajes unitarios. Creería, Excmo señor, defraudar a la República de un dato precioso para su historia, si la privase del conocimiento que un día demandará el hombre de sus dignos hijos, de los bravos patriotas federales que en esta jornada han adquirido y puesto a sus pies, los laureles de su gloria y los pecados sangrientos que ostentaban a su vista, los cobardes traidores salvajes unitarios. Para llenar esta sagrada delegación, paso a manos de V. E. una lista de los jefes y oficiales que se hallaron en la batalla para los usos que tenga a bien darle, sin hacer mención especial de ninguno, porque a todos los creo dignos de las consideraciones a que los recomiendo.

“Al cerrar esta comunicación, permítame V.E. congratularlo por las glorias de las armas federales, al mismo tiempo que aprovecho la ocasión de honrarle, presentándole el tributo de mi estimación y profundo respeto”.

“Dios guarde a V.E. muchos años, Excmo. Señor.

MANUEL ORIBE.”

2. La versión de Iriarte.

El General don Tomás de Iriarte fue oficial de Lavalle y ha consignado su versión en sus *“Memorias”*, que tomamos de la misma fuente.

Decía el General Iriarte:

“ Como nos señala en la historia de la Confederación Argentina, conocido por Oribe el abandono de Lavalle de Santa Fe, y su marcha a Córdoba para reunirse con Lamadrid, toma el camino siguiendo a Córdoba por el paso de Aguirre con su grueso y bien montado ejército, constantemente hostilizando a las tropas unitarias, que se habían acampado, creyendo, equivocadamente, encontrarse con Lamadrid, en campo de Romero (en las inmediaciones de la población de Angélica (Pcia de Santa Fe) de hoy, según nos aclara Joaquín Martínez). El ejército libertador marchaba en el orden siguiente: treinta y tres carretas y demás bagajes a vanguardia; la división Vega en columna sobre el flanco derecho y a la cabeza, cerca de las carretas.... en el mismo orden, sobre el flanco izquierdo y a la cabeza la Legión de Salvadores, compuesta de la infantería y la artillería, todos en columnas; a la retaguardia las divisiones de caballería... de modo que todo el ejército formaba un rectángulo.

La batalla: *Antes del amanecer del veintiocho, todo el ejército hizo alto; habíamos caminado diez leguas. Cuando empezó la alborada apercibimos los enemigos por nuestra retaguardia, y en mayor número que en los días anteriores. El ejército se puso en marcha en el mismo orden que he expresado: los enemigos nos seguían como en los días anteriores, y las patrullas no cesaban de tirotearse. Algunas de nuestras carretas, no pudiendo continuar la marcha, ya que los bueyes estaban enteramente postrados, se*

paraban y repartían sus efectos en las demás, en tanto los enemigos llegaban al pasaje en que habían sido abandonadas, se agrupaban y las despojaban de cuanto había quedado por no haber sido posible salvarlo. Gran pena causaba ver en momentos de tanta aflicción a las pobres familias que quedaban de pie agobiadas del hambre, la sed, del peso y de sus tiernos hijos y de los efectos más preciosos que trataban de salvar. Algunos individuos de ambos sexos no siéndoles posible continuar la marcha, caían en poder de los enemigos. El cuadro era a la verdad bien triste y si mi objeto fuese describirlo, sobresaldrían sus negros pero verdaderos colores.

Se observaba que la fuerza enemiga (toda la caballería) había considerablemente aumentado, su número computaban en dos mil quinientos, aproximadamente; sus guerrillas nos hostilizaban más de cerca y más empeño que otras veces, tanto que dos soldados se interpolaron entre nuestras columnas en el calor de la refriega, uno fue hecho pedazos luego que fue reconocido, y el otro tuvo la felicidad de escapar. Hubo otro que se creyó pasado a nuestras filas, pero luego me confesó que no lo era y que se había supuesto tal para salvar la vida. Acosado de la sed, fue a saciarla dentro de nuestras mismas filas.....

Se habían caminado ya dos leguas, y sólo distaríamos media de la laguna del Quebracho Herrado. Pensábamos que debíamos hacer alto y dar de beber a los caballos y a la tropa; todos estábamos exánimes por falta de alimentos y agua; desde que entramos en el desierto no se había carneado, y sin excepción de clases, la necesidad era extrema; cuatro días hacía que yo no comía ni bebía, y más o menos estábamos todos en el mismo caso. Así, toda nuestra esperanza consistía en las lagunas del Quebracho, pero los bueyes apenas caminaban ya.

Hicimos alto, todos estaban postrados; y entonces el ejército tuvo también que parar sin haber llegado a la laguna; la situación del ejército era bien crítica, y la batalla parecía inminente; todos lo conocíamos; las medidas del general en jefe inducían a creer que no opinaba así; digo las medidas, y he dicho mal, porque no tomó ninguna; sin duda creía que su nombre bastaría para que los enemigos se rindiesen de provocarnos a un encuentro general.

Se veía que los enemigos aumentaban de un momento a otro sus fuerzas y extendían su línea en batalla. Entonces el general desplegó en el mismo orden: a la derecha la división Videla, en el centro infantería, artillería y escolta del general y a la izquierda la división Vega, todo en una sola línea y sin tener una reserva.

Habiendo yo advertido al general que convenía tomar informes más detallados del soldado que acababa de llegar, me encargó que lo hiciese. Asustándolo conseguí que me dijese que los enemigos tenían cinco mil caballos, mil infantes y cinco piezas de infantería; di cuenta al general Lavalle, y me encargó que lo preservase; de cierto que yo no habría necesitado la advertencia, pero no extrañé que me la hiciese, ya que era natural y muy oportuna.

Los enemigos acabaron de desplegar su línea, la caballería en las alas, y en el centro la infantería y la artillería; por ambos extremos sobrepasaba a la nuestra; el total de sus fuerzas ascendía de cinco mil quinientos a seis mil hombres de los cuales mil eran infantes y cinco piezas de artillería.

“El ataque empezó por nuestra izquierda, los escuadrones de la división Vega tocaron la carga y se precipitaron con desnudo e impetuosidad sobre la derecha enemiga, cuyos escuadrones salieron a recibir el encuentro con el mayor orden y unión como en un día de parada; pero al aproximarse nuestros valientes, hicieron aquellos alto, descargaron sus tercerolas y volvieron caras. Esta maniobra les habría sido funesta, pero confiaban en el mal estado de nuestros caballos y en la velocidad de los suyos. Se vio entonces que nuestros cuerpos al tiempo de cargar no conservaban la unión necesaria para hacerlo con ventaja; esta falla dependía principalmente de la desigualdad de los caballos, de los cuales había muchos que ni al trote podían moverse. La derecha enemiga en su retirada se perdió de vista desde nuestro cuartel general, los nuestros los seguían sin poderlos alcanzar.

Nuestra derecha debió desprenderse de la línea y cargar al mismo tiempo que la izquierda, pero sin saber por qué el Coronel Videla, que la mandaba, retardó considerablemente el movimiento. El General en jefe le mandó repetidas órdenes para que lo efectuase, y al fin cargó con igual suceso que la izquierda, pero sin el efecto que debía haber producido la simultánea carga de las dos alas.

Entretanto, la artillería enemiga destrozaba con sus fuegos nuestra infantería y artillería, y también los dirigía sobre los escuadrones que avanzaban presentándole su flanco. El Cuartel General estaba situado a la retaguardia de la infantería, de modo que las balas enemigas que pasaban por alto sobre nuestra infantería cruzaban por entre el Cuartel General, a donde también dirigieron algunas, pues la comitiva era considerable, y debían los enemigos inferir que allí estaba el General en jefe, a favor de sus anteojos. Nuestra artillería sólo hizo cinco disparos; parece que no tuvo más municiones a mano; hubo pues omisión, ni puede creerse otra cosa, porque el jefe era valiente, lo mismo que los oficiales y tropa que tenían a sus órdenes –lo habían acreditado en el cañoneo de Sauce y en la Batalla del día siguiente dieciséis en el mismo punto. Si faltaron municiones a mano, la cosa no tiene disculpa, con sólo las que debían estar prontas en los armones habría habido las suficientes para disparar más de ochenta tiros. En fin, hubo mucho abandono, falta de buenas disposiciones. Todo iba así.

Como los enemigos atacados por nuestros escuadrones volvieron caras hasta dos veces, así en la izquierda, como en la derecha, llegamos a perderlos de vista, y hubo por momentos en que todos creímos el triunfo seguro. Es un hecho que la infantería enemiga quedó enteramente sola y sin más apoyo que el de la artillería, y que empezó a moverse como para formar cuadros de los tres batallones que la componían. En tales circunstancias dije al General en Jefe que creía la batalla ganada y el convino conmigo; entonces me atreví a indicarle que no se debían perder momentos, y que debíamos marchar rápidamente de frente con todas las fuerzas disponibles, para no dar lugar a que la caballería enemiga se rehiciese, y completar su derrota. Me contestó en presencia de todo el Cuartel General con un tono áspero y descompuesto: “General, yo no soy un general teórico, soy un general práctico, y entiendo esto mejor que nadie, ¿Cómo quiere usted que vayamos a estrellarnos contra la infantería enemiga?”. “General –le dije- Ud. no me ha comprendido; yo no he dicho que se debe cargar a la infantería enemiga, sino que dejándola sobre un flanco, carguemos en masa sobre la caballería, ésta ha sido mi idea”.

*”Pues bien, déjeme Ud. a mí que yo sé lo que hago.”
Una resolución tan definitiva no admitía réplica y hube de callarme.*

La artillería enemiga continuaba incomodándonos con sus fuegos, y sin que la nuestra le contestase. Se empezó a notar que muchos de nuestros soldados se separaban

de las filas y se venían a retaguardia; el campo estaba sembrado de ellos; era porque se les habían cansado los caballos.

Ya desde el principio de la acción se había observado que más de quinientos hombres armados y pertenecientes a todos los cuerpos, se habían agrupado sobre las carretas que estaban a retaguardia. Faltábale mucho a aquel ejército para estar bien disciplinado, y su organización participaba de un todo de la que el general habría querido darle, según su inaudito sistema de la más absoluta licencia. Pero es cierto que en este día animaba a las tropas un excelente espíritu; hubo falta de dirección; el General Lavalle carecía de la serenidad propia de un verdadero general, y estaba acostumbrado a librar su confianza más al coraje personal de los individuos que mandaba que a grandes y bien combinadas maniobras; fundamento de las batallas campales. Es hombre que no da disposición ninguna después de empezado el combate; y tuvo lugar de observación en esta ocasión así como en el Sauce Grande.

Vi que en las carretas había agrupados más de mil hombres separados de sus filas, y en momentos en que nuestros escuadrones se replegaban, y empezaban los enemigos a asomar a la altura de su primitiva línea. Se lo advertí al General Lavalle: “Pues bien –me dijo- vaya ud. a reunirlos”. Dispuse en el momento de todos los individuos que estaban en el Cuartel General, menos de los ayudantes del General Lavalle, y marché con ellos hacia las carretas para reunir tanta gente como allí había y conducirla a la pelea. Me acompañaban entre otros, el cirujano mayor del ejército, el comandante Ibarrola, el malogrado Don Rufino Varela y otros jefes y oficiales de que en este momento no puedo acordarme. Antes de llegar a las carretas encontramos algunos soldados sueltos, y amonestándolos para que se incorporasen, manifestaban su buena voluntad, y, se disculpaban por haberse separado de sus cuerpos por estar los caballos cansados; y era cierto, ni podían seguirme. Cuando llegué a las carretas, empecé a organizar aquella masa informe de gente ayudado de los que me acompañaban y de otros jefes y oficiales que allí encontré; pero el desorden y la confusión eran grandes, y todos se disculpaban con el mal estado de sus caballos; casi todos tenían razón. Sin embargo, conseguí mandar a la línea más de doscientos hombres, y continuaba ocupándome de reunir el resto; pero como ya muchos habían tomado la delantera metiendo espuelas para huir más pronto del campo, y entre ellos alguno jefes, tan mal ejemplo cundía a los pelotones desordenados, y cuando había conseguido reunir cien y formarlos en un

extremo, al acudir al otro, aquellos se desbandaban. En este estado un coche del Gobernador Rodríguez que conducía a su esposa y a otras señoras de su familia, y donde iba enfermo el Sargento Mayor Don Carmelo García, Ayudante del General en Jefe, tomó el galope, y ésta fue la señal para que toda mi gente volviera a desordenarse siguiendo al coche. Le mandé hacer alto a pesar del ruego de las señoras y logré al mismo tiempo contener a toda la gente. Vuelve el coche a andar, y vuelven a seguirlo; otra vez hice que se detuviese, pero ya era imposible contener a aquella turba aterrada. Eran ya muchos los fugitivos que se veían a gran distancia.

Cuando estaba ocupado de la operación que acabo de referir, llegó al Cuartel General el joven Quiroga y me dijo que todo estaba perdido, que el ejército venía en derrota completa. Los enemigos al apercebirse de que nuestras filas aclaraban por el mal estado de los caballos, cobraron ánimo; los nuestros por el contrario se desalentaron, y cuando aquellos hicieron frente empezaron a perder terreno nuestros soldados; poco después la dispersión y la fuga se hizo general.

El coronel Elías, ayudante del General Lavalle, me encontró en la operación de reunir la gente, y me confirmó cuanto me acababa de decir Quiroga; le pregunté por el General Lavalle, y me dijo que venía envuelto entre los dispersos; me señaló la dirección, pero yo le dije que me acompañase hasta encontrarme con él; lo hizo así y marchamos hacia el lado de los enemigos hasta que encontramos al General Lavalle, y dimos media vuelta para seguirlo.

Al llegar a la altura de las carretas todavía encontramos bastante gente amontonada; le dije al general que podía inclinarse un poco sobre la izquierda para que oyesen su voz y hacer que lo siguiesen para organizarlos. Me contestó muy incomodado que su voz no tenía poder en aquellos momentos, y que no quería correr el riesgo de que los soldados no lo obedeciesen. “Pero, general, su voz de ud., no tengo duda de que será obedecida”. Entonces me dijo que no eran momentos aquellos para dar órdenes. Yo lo urgía porque conocía toda la importancia en aquellas circunstancias tan críticas, de organizar alguna fuerza para hacer frente al enemigo, y el único que podía practicarlo era el General en Jefe, era su deber también; pero él se ocupaba más de ponerse en salvo, y éste fue el verdadero motivo porque no prestó oídos a mi insinuación.

Un gran tropel de dispersos seguía al General en Jefe, más de cuatrocientos hombres todos en desorden y a salve quien pueda. Cuando hubimos pasado las carretas se presentó el General Garzón con los jefes y oficiales orientales prisioneros. Aquél me dijo: “Ud. ve general que yo he llenado mi deber, he visto la acción tranquilamente, y he podido fugar con mis compañeros; pero hemos creído que esta conducta habría sido poco digna, después de la franqueza y libertad que se nos ha concedido y aquí nos tiene Ud.”. En seguida me dijo que se habían puesto nuestras divisas porque unos soldados correntinos los habían querido matar al verlos sin ellas, creyéndolos sin duda enemigos.

El General Lavalle llamó a Garzón, y le dijo que él y sus compañeros estaban libres y podían irse al ejército enemigo, y nombró a Don Rufino Varela que estaba inmediato para que los acompañase hasta ponerlos en seguridad. Al despedirse de Garzón con demostraciones de amistad, le recomendó las familias que quedaban en las carretas, conjurándolo para que interpusiese su influjo con Oribe a fin de salvarlas, y librarlas del conflicto en que se hallaban; se despidió individualmente de los demás oficiales. Yo hice lo mismo; ellos se separaron conmovidos al parecer del cambio de nuestra situación; debían efectivamente estar bien reconocidos porque fueron bien tratados, demasiado bien.”

3. El parte de Lavalle.

El parte con que se expresa Lavalle, reza de esta manera:

“General en Jefe del Ejército Libertador, Cuartel General en El Tío, 29 de noviembre de 1840. Al Excmo. Señor Capitán General provisorio de la Provincia de Córdoba, Don José Francisco Álvarez.

Ayer he perdido una batalla en las inmediaciones del Quebracho Herrado. Sería indigno de esta gran revolución, de V.E. y de mí, suponer que fueron preciso emplear subterfugios para no debilitar la energía y patriotismo. Por otra parte es muy probable que el engreimiento allane el ejército del verdugo al abismo en que se sepultaría si penetrase en el interior de esta provincia. Acabo de conocer el estado de opinión del pueblo cordobés y siento el gozo inexplicable de poderlo asegurar.

Al día siguiente de haber dirigido mi última correspondencia al Señor General Lamadrid desde los Calchines, supe el levantamiento del bloqueo que me obligó a cambiar mis disposiciones respecto de la provincia de Santa Fe. Era preciso abandonarla absolutamente, y esta necesidad retardó diez días la marcha del ejército libertador, quitándole la ventaja de la movilidad con la agregación de ochenta carretas de familias emigradas y de cuatrocientos guerreros de aquella provincia enteramente desmontados.

Afrontando todos estos obstáculos, el ejército se reunió el diecinueve y el veintidós pasó al Salado en el paso de Aguirre. El veinticuatro a la tarde marchó en dirección del Sauce, a donde llegó el veinticinco a la madrugada. Hasta entonces el enemigo había sido obligado a suspender sus constantes hostilidades, porque el quince a la madrugada nuestra caballería hizo pedazos su vanguardia al mando del caudillo Andrade, matándole doscientos hombres; pero el veinticinco al llegar al Sauce, se nos presentó a la vista un ejército de mil hombres de caballería, que se alejó un momento después. El veintiséis un aguacero repentino refrescó la atmósfera y el ejército pudo marchar a las doce del día en dirección a Romero, a donde llegó el veintisiete a las nueve de la mañana, teniendo a la vista dos mil hombres de caballería enemiga, que hostilizaban su retaguardia sin suceso alguno. El ejército no podía evitar este género de hostilidades porque debilitadas y reducidas a un corto número las caballadas que traía de Buenos Aires, todo movimiento retrógrado para alejar la vanguardia enemiga, lo hubiera expuesto a quedar desmontado y perecer de sed en el desierto. Por otra parte, la caballería enemiga remontada nuevamente con caballadas de Buenos Aires pudo eludir y burlar nuestra acción ofensiva. Era preciso, pues, marchar en masa ganando terreno hacia este punto para encontrar agua.

En la tarde del veintisiete el ejército se puso en marcha, con el objeto de no detenerse hasta el Quebracho Herrado, donde se suponía que habría un poco de agua para evitar al menos la desesperación: pero esta marcha de doce leguas acabó de fatigar los bueyes, cuyo número estaba reducido a cuatro por carreta.

El veintiocho por la mañana el ejército enemigo con más movilidad, se nos aproximaba visiblemente y la batalla no se podía ya evitar sin abandonarle todo nuestro carruaje, incluso nuestra artillería tirada también por bueyes. En consecuencia, el ejército desplegó y esperó el ataque.

El ejército enemigo constaba de cinco mil hombres de caballería, mil infantes y cinco piezas de calibre de a ocho; el nuestro tenía trescientos cincuenta infantes, cuatro piezas de calibre de a cuatro y dos mil doscientos hombres de caballería, teniendo mil hombres de esta arma que ya marchaban a pie y se habían reunido alrededor del carruaje.

El enemigo adelantó su derecha y atrasó su izquierda, colocando en aquella ala la mayor parte de su caballería. Nuestra ala izquierda reforzada con los escuadrones de la derecha que fue posible extraer de ella, se lanzó contra el enemigo y toda su derecha fue vencida, lanceada por la espalda y alejada del campo de batalla. Su ala izquierda se adelantó entonces por nuestra derecha, la atacó y el resultado fue igual al del ala opuesta, pero no teniendo nuestros caballos vigor suficiente para perseguir, la mitad de la caballería enemiga se rehizo a nuestra vista dispersándose el resto en el desierto, mientras que la infantería y artillería colocadas en su centro se mantenían fácilmente en el campo de batalla y dañaban nuestros escuadrones con sus fuegos de cañón, semejante situación nos era sumamente desventajosa, porque estando nuestros caballos enteramente fatigados, nuestros escuadrones se encontraban ya imposibilitados para otro ataque y porque nuestra infantería y artillería no podían dejar de ceder delante del centro enemigo que marchaba contra ellos. Fue preciso, pues, emprender la retirada. Como la caballería enemiga estaba aterrada no daba una carga decisiva, pero nos hostilizaba lo suficiente para obligar a nuestros escuadrones a ocuparse en su propia defensa y nuestra infantería y artillería no pudieron ser protegidas. La noche completó el desorden de la retirada y nuestra caballería llega a esta frontera en grupos y a diferentes puntos. Supongo que nuestra pérdida personal es poca, porque la caballería enemiga nos persiguió sino hasta corta distancia, pero todos nuestros carruajes y artillería quedaron en poder del enemigo.

No permitiéndome la multitud de mis ocupaciones a escribir a V.E. sobre una infinidad de objetos de importancia para la causa pública, encargo al señor Coronel Allende, conductor de esta nota, manifieste a V.E. verbalmente los que son más urgentes en circunstancias actuales.

Habiendo entrado en el territorio de Córdoba, cumplo con el deber de ponerme a las órdenes a V.E. en cuyo acto satisfago también mi inclinación.

Dios guarde a V.E. por muchos años.

JUAN LAVALLE”.

4. La opinión de Joaquín G. Martínez.

Como se advierte de inmediato no hay una perfecta coincidencia entre las diversas versiones acerca de la batalla, aunque coinciden en lo fundamental.

Veamos ahora qué nos expresa Joaquín G. Martínez, investigador de estos acontecimientos en los archivos y en el lugar donde ocurrieron:

“Todos los que han escrito sobre este culminante suceso, a igual de su narración por los que en él intervinieron, están acordes en que la desazón del numeroso ejército libertador, provenía tanto de lo tortuoso de los caminos de frondosidad selvática que atravesaban con sus innumerables carretas de familias y pertrechos que conducían, como de la urgencia y casi dantesca necesidad de ahogar la sed de tropa y caballada. Se habían señalado por los expertos baqueanos los extensos bajos de la laguna de Quebracho Herrado”.

“En la marcha larga y penosa del ejército de Lavalle, la falta de agua para la caballada jadeante adquiere aspectos épicos y la persecución rencorosa, embarazosa y desafiante de Oribe, anuncia la proximidad del desastre. Y sin llegar al agua, a media legua de la laguna, se produce el encontronazo fatal.”

“La ruta elegida por Lavalle, al no encontrar en el campo Romero a Lamadrid, sabiéndose pertinazmente acosado por el general oriental que lo perseguía con caballada fresca alimentada y bien montada, prosiguió el antiguo camino a Córdoba, pero buscando el extenso boscaje, los atajos para desviarlo, sin perder la ruta. El 26 y 27 de septiembre, no obstante los ejércitos se tenían a la vista y el comienzo de la vanguardia del ejército de Oribe, inició sus escaramuzas y hostilidades, guerrilleando con ataques de improviso durante tres leguas de marcha entre perseguidor y perseguido. El 28, el ala derecha del ejército rosista que comandaba la división santafesina de una división del regimiento número 10 de Caballería, del Regimiento número 2, Escolta de la Libertad, con más de dos escuadrones, a las órdenes del hábil General Ángel Pacheco, verdadero vencedor de la jornada, se enfrentó con arrojo sobre el flanco izquierdo del enemigo.

Lavalle, como hemos dicho, no había alcanzado la laguna ya divisada para satisfacer a soldados y bestias, la sed de Tántalo que los acosaba. Las ochenta carretas de familias emigradas, con sus cuatrocientos soldados enteramente desmontados, igualmente de Santa Fe traídos, sumado todo al ejército hambriento y con sed, frente a una caballería enemiga fácilmente rehecha, mientras la de Lavalle carecía de vigor, hizo que en la mañana del 28 de noviembre, el ejército enemigo, con sus briosas fuerzas, atacara después del encontronazo irresistible de Pacheco”.

“La famosa laguna de Quebracho Herrado, en su tiempo inmenso bañado, se encuentra como a tres leguas al sur de la Estación Quebracho de hoy, vecina a la estancia Rivero Haedo. Los restos de la desgraciada batalla empezaron a aparecer después del desmonte que anunciaría la espiga, como dorada prez de la vanguardia rubia y de azules ojos que la colonizara. Nosotros tenemos la satisfacción de ser poseedores de restos de bayonetas y metrallos ahí recogidas, al hendir el vientre de la tierra talada, el arado gringo”.

El escritor Joaquín G. Martínez, refiere, como dato significativo, que entre los más viejos vecinos del lugar, denominaban y aun denominan hoy, como campo Lavalle, el escenario en el que se desarrolló la batalla.”

5. Consecuencias de la batalla.

La derrota de Lavalle tuvo inmediatas consecuencias. Ernesto Quesada nos dice en su obra *Lavalle y la batalla de Quebracho Herrado* que la noticia en Córdoba llegó al día siguiente del hecho, es decir, el domingo 29 de noviembre, portada por un chasque(29).

Tan rápida comunicación es creíble, pese a los doscientos kilómetros, aproximadamente, que separan a Quebracho Herrado de la ciudad de Córdoba. Se cuenta, en ese sentido, que ciertos baqueanos, como el caso de Alico –baqueano de Lamadrid- tenían una verdadera memoria fotográfica de las distancias, geografía de cada región, bosques, caminos, atajos, de tal forma que encontraban siempre la distancia adecuada más corta entre dos puntos. Cambiando cabalgadura, por ende, era posible la hazaña.

Al conocerse el hecho, el Gobernador Álvarez “mandó repicar las campanas” hasta las dos de la mañana, “para impedir el desaliento de la población”(30). Esta circunstancia es verosímil y compatible con las noticias de *El Estandarte Nacional* (número último, esto es, 12 del 2 de diciembre de 1840), que nada dice acerca de la batalla.

En el primer momento, pareciera que habría predominado el proyecto de Lamadrid de reagrupar las tropas y buscar una segunda batalla. En ese sentido, la política del gobernador Álvarez es coherente, pues los decretos que hemos referido cuando describimos ese número del periódico, mandan presentar todas las armas al Jefe de Policía (decreto del 30 de noviembre), levantar un cuerpo de infantería (decreto del 1 de diciembre) y formar un cuerpo de esclavos (de la misma fecha).

Pero, según afirma Quesada, Lavalle ordenó “hacer guerra de partidas en grande escala, o sea guerra de divisiones”, es decir, fraccionó el ejército. Por una carta interceptada se sabe que “aquí (Córdoba) se preparan infinitos para ir a visitar al Tío a Lavalle, y yo veo que este pueblo va a quedar desierto en pocos días con la emigración” Firmado: Bravo. (31).

Más tarde, Lavalle llegaba con el resto del ejército a Sinsacate y Lamadrid, por su parte, el 4 se dirigía a Córdoba, donde habría entrado el día 7 de diciembre. Ese mismo día se fue el Gobernador Álvarez. Lamadrid se retiraría el 10 de diciembre rumbo al norte, y el 14 de ese mismo mes arribaban a Córdoba las primeras tropas de Oribe. El día 18 vuelve Manuel López, esta vez rebautizado “López Quebracho” (32).

Mientras tanto los revolucionarios habían tomado el camino del exilio, entre ellos nuestro Vicente Fidel López, que, según Quesada, había sido “secretario del ramo de guerra” durante el gobierno de Álvarez. Ellos, con más Paz, Ferreira, Lozano, Ocampo, Igarzábal, Posse, Soage y Miguel Piñero –volvemos a consignar- se encaminaron hacia la cordillera para pasar a Chile. (33).

V. CONCLUSIÓN.

El joven Vicente Fidel López que se dirigiera a Córdoba desde Buenos Aires en el caluroso mes de enero de 1840, no era un improvisado. Pertenecía a la generación de 1837 y tenía un bien ganado prestigio. Decimos joven porque era, en verdad, el más joven del grupo más selecto de la generación del '37: Echeverría había nacido en 1805 y Alberdi en 1810; Marcos Sastre y Juan María Gutiérrez en el período intermedio; López había visto la luz en 1814/5.

Además de haber logrado su título de abogado y de haber sido distinguido en la universidad por Diego Alcorta, había frecuentado el Salón Literario de 1837, que, su padre, Vicente López y Planes, autor del Himno Nacional, había presidido circunstancialmente el día de su inauguración, el 23 de junio de ese año. Cuando el Salón tuvo que cerrar sus puertas y Alberdi, con el brío de su energía, fundó la revista *La Moda*, el joven López colaboró con algunos artículos.

Se sentía crítico porque firmó con el seudónimo de “El Regañón”, un trabajo titulado “Diálogo sobre alguna cosa importante” (número 19 del 24 de marzo de 1838). Abordó temas educacionales y asumió las ideas de la nueva generación, que enfrentaba a

la educación vieja, es decir, la educación de raigambre española con la que impulsaban los nuevos vientos. Trató de utilizar el diálogo y demostró sus condiciones intelectuales, que lo convertirían más tarde en un historiador de alcurnia y un escritor de novelas de costumbres. Para dar muestra de sus lecturas no vacilaba en citar a Pascal, Locke, Leibnitz, D' Alembert y algunos otros, lo que demostraba que no había olvidado a los filósofos con que Diego Alcorta le había familiarizado.

En el mismo número de ese periódico, en otro artículo, destacó la importancia del trabajo intelectual y demostró también que se hallaba compenetrado de la idea de la época, que afirmaba que toda sociedad evoluciona y progresa evolutivamente. Recordando al infaltable Pascal le citaba, sosteniendo que el pensar es el principio de toda moral.

En el número siguiente (20, del 31 de marzo, siempre de la revista *LA Moda*) desarrolló un tema en el que hacía una crítica del mercantilismo de ciertos españoles que todo lo valoraban comercialmente, incluyendo algunas profesiones liberales como las de los abogados y médicos.

El cierre de la revista en el mes de abril de ese mismo año, le hizo consciente que no se podía publicar por la prensa las ideas que sustentaba en la ciudad de Buenos Aires en esa época. Ni lerdos ni perezosos, los jóvenes del '37 habían pasado a la clandestinidad, casi en el acto, a mediados del año 1838, y habían fundado la *Joven Argentina*, cuyo *Credo*, redactado por Echeverría, habían jurado en el mes del aniversario de la independencia.

La revolución del Sur en 1839 y la siniestra muerte de los Maza, señalaron que los cielos porteños no eran propicios para la nueva generación que, casi por completo, iba emigrando hacia la Banda Oriental. López, como sabemos, tomó entonces el camino hacia Córdoba.

Es indudable que en Córdoba se sintió cómodo. Las familias de los Ocampo y de los Lozano le brindaron, según colegimos, una buena recepción.

Y no sólo ellos. De lo contrario, no habría encontrado quien le acompañara en la fundación de una filial de la *Joven Argentina*. En efecto, con la presidencia del Dr. José Francisco Álvarez, el mismo que sería gobernador provisorio al producirse la revolución del 10 de octubre de 1840, y de los señores Enrique Rodríguez, Paulino Paz, Avelino y

Ramón Ferreira, quedó formalmente constituida. No se llamó, en manera alguna, *Asociación de Mayo*, como algún historiador afirma.

No hace falta mucha imaginación para conjeturar que, en ese medio, se halló tierra adecuada para sembrar las semillas de la nueva generación y que el *Credo* tuvo su fértil abono.

No es de extrañar, pues, que al estallar el movimiento del 10 de octubre, el ferviente deseo de fundar un periódico, destinado a propagar las nuevas ideas, no fue demorado. Es así, que el día 24 de ese mismo mes de octubre, apareció el primer número, apenas una hoja (dos páginas), impresas en la imprenta de la Universidad.

Afianzada, aparentemente, la circulación del periódico, Vicente Fidel López sintió la necesidad de hacer conocer las *Palabras simbólicas*, que había redactado Esteban Echeverría y comenzó a hacerlo en el número siete y en el ocho. Dijimos ya, en un capítulo anterior, que la publicación nada dice de su autor y se utiliza el vocablo *Filosofía* para subtítular la columna del periódico. Curiosamente, el título genérico es el de “*Varietades*”. No hay comillas, no hay otra noticia de la índole del artículo, ni nada se añade. En el primero de esos números se desarrolla el tema de la palabra “*Asociación*” y, en el segundo, el del término “*Progreso*”. En la primera parte, encabezando la primera página del periódico; para la segunda, la página del dorso. Esta comenzaba así: “La humanidad, es como un hombre que vive siempre y progresa continuamente”; no se aclaraba que esa famosa expresión se debía a la pluma de Blas Pascal, y que era repetida constantemente por más de un integrante de la generación de 1837. Debemos reconocer que será recién en la segunda edición de las “palabras simbólicas” (año 1846), cuando el propio Esteban Echeverría en Montevideo lo agrega y pone las comillas correspondientes, y el nombre de Pascal aparece.

Igualmente, en la primera parte, esto es, al explicar la palabra *Asociación* se hace referencia de manera explícita a la “*Asociación de la Joven Generación Argentina*”, cuya filial cordobesa había fundado el joven Vicente Fidel, como ya se ha dicho.

Una ojeada general del periódico nos demuestra que es el órgano del nuevo gobierno revolucionario. Opera a modo de Registro Oficial de decretos, proclamas, resoluciones y circulares gubernativas; y de cartas y notas que pueden interesar a la población. Incluye también el *Boletín* del Ejército Libertador, noticias militares de la época

y se propone historiar los movimientos ocurridos en el país en contra de Rosas. Como se ha anunciado también, alberga sus páginas algún aviso comercial y de la actividad teatral.

Describe la etapa de elecciones para designar los nuevos representantes del gobierno de la Provincia, en las que vemos aparecer el nombre de Vicente Fidel López como miembro de la Junta Escrutadora y de Lozano y Ocampo.

Es de todo punto de vista evidente que el periodista realiza en todo momento una crítica encarnizada hacia Rosas y todos los caudillos rosistas, incluyendo el análisis de los gobiernos y de la administración.

La actitud es de extremo rigor. Como muestra de ello, se quiere demostrar que el gobierno del derrocado Manuel López carecía de legitimidad y que merece que se le apliquen las disposiciones del juicio de residencia y se comparan las designaciones autoritarias de las autoridades con la práctica de las elecciones democráticas que en ese momento se ponen de manifiesto.

Poco a poco advertimos que la lucha contra el rosismo es una guerra francamente declarada. No hay adversarios sino enemigos. El diálogo es imposible y se ha abandonado como vía de solución de los problemas. El exterminio y el aniquilamiento del enemigo es la meta final.

En su conjunto, la descripción de los acontecimientos del país, por Vicente Fidel López, es un derroche de optimismo. Por todas partes, las fuerzas anti-rosistas se atribuyen triunfos y los generales Lavalle y Lamadrid se acercan para dar la batalla final.

El lenguaje del periódico se hace cada vez más duro. Se maldice y se clama venganza, como se lo hace en los números ocho y diez, respectivamente. Estos artículos destilan verdaderamente un odio inconcebible, que cuesta creer que pertenezcan realmente a Vicente Fidel López.

Como muestra de ese lenguaje vamos a anotar algunos vocablos y expresiones. Al referirse a Rosas y sus caudillos se utilizan adjetivos de este jaez: tirano renegado, imbécil, vil, malvado, degenerado, criatura abominable, asesino, infame, animal funesto, sanguinario y voraz, canalla, hipócrita, presumido, inicuo tirano, monstruoso Rosas, predilecto hijo de Satanás, salteador, estúpido, tiranuelo, tirano feroz, canallage (sic), infame, ladrón, salteador de caminos, foragido, inepto, oscuro, miserable, capitán de

bandidos, cobarde, cacique asesino, taimado, criminal famoso, verdugo, déspota, déspota asesino, execrable tirano, facineroso y otros más.

Por consiguiente, las maldiciones lanzadas y el clamor de venganza componen un cuadro terrorífico, que, incluso, se diría irracional e inhumano.

Es indudable que, si bien la feroz contienda explica el vocabulario, no concebimos que ello pueda justificarlo, especialmente en una persona culta, como era Vicente Fidel López, que, en sus escritos de *La Moda*, había demostrado su juicio equilibrado, al par de los demás jóvenes de la nueva generación.

No resistimos la tentación de recordar aquí lo que nos dejó dicho Emilio Ravignani, al pronunciar un discurso en homenaje al periodista que nos ocupa, en cuya ocasión señala que la *Autobiografía* es incompleta, pues el propio López, quemó el resto. Y no sería mera casualidad que la quemazón alcanzara la narración de su estancia en Córdoba y a la actividad desplegada en esta ciudad. Es probable que López, el López ya anciano y de una encomiable labor realizada en su vida, no se sintiera demasiado orgulloso de esa etapa de su vida.

Acerca del lenguaje de López, que hemos calificado con alguna dureza, debemos reconocer que fue habitual a medida que se agravaba la lucha entre las dos facciones. Así, por ejemplo, Juan María Gutiérrez, ya muy avanzada su vida, en el año 1871 dio a luz su libro sobre la obra de Juan Cruz Varela y ahí, muy tranquilamente, nos habla del “gobierno monstruoso, sanguinario e hipócrita de don Juan Manuel de Rosas” (pág. 316). Quizá explique su actitud la dedicatoria de la obra, que dice así: “A la memoria de Rufino y Florencio Varela, hermanos por la sangre y el martirio, redactor, el uno del *Comercio del Plata*, asesinado en Montevideo, en la noche del 20 de marzo de 1848, por orden de don Manuel Oribe, aliado del tirano Rosas. El otro, soldado del “Ejército Libertador”, igualmente asesinado traidoramente por orden del mismo Oribe el día 28 de noviembre de 1840, después de la batalla de Quebracho Herrado”.

Pero, sea lo que fuere, lo cierto es que la batalla mencionada –lo decimos una vez más- significó el fin del sueño de los jóvenes revolucionarios y prolongó de manera apreciable la permanencia de Rosas en el poder.

NOTAS.

- (1) LÓPEZ, V.F., *Autobiografía*, Buenos Aires, W.M. Jackson , 1953. págs 1/46.
- (2) *ibid.*, pág. 42.
- (3) CARRANZA, A., *La revolución del Sud de Buenos Aires*, Buenos Aires, 1919.
- (4) LOPEZ, V., *ob. cit.*, pág. 43.
- (5) *ibid.*, pág. 43.
- (6) *ibid.*, pág. 44.
- (7) *ibid.*, págs. 44/45.
- (8) *ibid.*, pág. 36 y siguientes.

(9) MARTINEZ PAZ, E., en *Historia de la Nación Argentina*, Buenos Aires, el Ateneo, 1946, 2ª. Edición. Cfr. quinta parte, “Provincia de Córdoba”, Vol. II, págs. 363/434, Capítulo único, “Córdoba (1810-1862)”.

(10) LOPEZ, V.F., *ob. cit.* pág. 28 y siguientes.

(11) *ibíd.*, pág. 39.

(12) *ibíd.*, pág. 44.

(13) *ibíd.*, pág. 44.

(14) *ibíd.*, pág. 44.

(15) ARAOZ de LAMADRID., G., *Memorias*, Buenos Aires, Grandes Escritores Argentinos. Director: Alberto Palcos. XII. W.M. Jackson, T. IV. 1953, págs. 10/12.

(16) *ibíd.*, págs. 32/34.

(17) *ibíd.*, pág. 34 y siguientes.

(18) *ibíd.*, pág. 34 y siguientes.

(19) *ibíd.*, pág. 39.

(20) GHIRARDI, O., *La Generación del '37 en el Río de la Plata*, Córdoba, Academia Nacional de Derecho y Ciencias Sociales, 2004.

(21) *ibíd.*

(22) Al respecto se puede consultar el acta de la *Joven Argentina*, transcrita en la obra de Joaquín G. Martínez, *Esteban Echeverría en la vida argentina*, Buenos Aires, Ateneo Liberal Argentino, 1953. Los jóvenes de la generación del '37 prestaron el juramento de acatar esos ideales, el día 8 de julio de 1838 (pág. 58 y siguientes).

(23) MARTINEZ PAZ, E., *ob. cit.*

(24) *ibid.*, pág. 401.

(25) *ibid.*, pág. 401.

(26) Cfr. BISCHOFF, E., *Imagen biográfica del Dr. Manuel Lucero*, Córdoba, Banco de la Provincia de Córdoba, 1988, págs. 37/39.

Al respecto, puede consultarse también la obra *Memorias de Gregorio Aráoz de Lamadrid*, citada más arriba, especialmente, el tomo IV y las páginas 43/50. El General Lamadrid se dirigió, luego de la batalla en la que no participó, el día 4 de diciembre a Córdoba, donde entró el día 7.

El desencuentro de Lavalle y Lamadrid ha ocupado muchas páginas. Lamadrid le imputa a Lavalle: “¡Quería ser solo el dueño del triunfo y lo fue de la pérdida!” (t. IV, pág. 252). Lo cierto es que, al entrar Lamadrid a Córdoba el día 7, el gobernador Álvarez, se va pues “la vanguardia enemiga se avanzó pronto de la villa del Rosario” (*ibid.*, pág. 51).

La secuencia de los episodios nos revela que el día 14 Oribe entraba a Córdoba y el día 18 volvía Manuel López, esta vez “López Quebracho”, para reocupar su cargo de gobernador..

En el Río Carnero Lamadrid y Lavalle se reunieron y siguieron rumbo al Norte.

Todo había concluido. La revolución había expirado y Manuel López – repetimos- asumió de nuevo la gobernación de Córdoba. Le sucederá mucho después, por la revolución del 27 de Abril, Alejo Carmen Guzmán, el 28 de junio de 1852.

(27) QUESADA, E., *La batalla de Quebracho Herrado*, Buenos Aires, Artes y Letras editorial, 1927.

(28) MARTINEZ, J., “La batalla de Quebracho Herrado”, artículo publicado en el diario *La Voz de San Justo*, de la ciudad de San Francisco (Córdoba) el viernes 18 de noviembre de 1977. Este autor fue un inquieto y culto abogado de esta región, que hizo acopio de materiales e investigaciones en el lugar, para revelar, según fuentes genuinas, diversos aspectos de la batalla.

(29) QUESADA, E., *ob. cit.*, pág. 211.

(30) *ibid.*

(31) *ibid.*, ver especialmente la nota 280.

(32) ARAOZ de LAMADRID, G., *ob. cit.*, t. IV, pág. 51.

(33) QUESADA, E., *ob. cit.*, ver, especialmente, la nota 233 y la pág. 149.

En la relación que hace Quesada, el día 6 de septiembre de 1840, Lavalle que había llegado a Merlo, no avanzó sobre Buenos Aires e inició la famosa y tan criticada retirada, pues tomó la dirección norte para caer luego sobre Santa Fe. Según el mismo autor, Lavalle sólo tenía 2500 jinetes y 300 infantes, con más dos piezas de artillería. Rosas, por su parte, reunía 3300 jinetes y 2200 infantes y 12 piezas. Vicente Fidel López, en su *Manual*, califica el ejército de Lavalle como “apenas un embrión voluminoso, difícilmente vertebrado” (pág. 545).

Los autores que tratan el tema hacen mención de la “espantosa seca que reinaba hacía más de un año, de modo que no había ni pastos ni aguadas”.

En otro orden, Quesada, al enumerar a los revolucionarios de Córdoba, hace mención de los siguientes: “José Francisco Álvarez, Paz, Ferreira, Lozano, Ocampo, Igarzábal, Posse, Soage y el Dr. Miguel Piñero” (págs- 148/9). En la nota 233 nos relata que Vicente Fidel López fue “secretario del ramo de guerra”.

No obstante lo ya aseverado en páginas anteriores, nos place recordar que Alberto Palcos en su *Historia de Echeverría* (Buenos Aires, Emecé, 1960, pág. 77) nos alerta que fueron miembros de la *Joven Argentina* en la filial cordobesa: Enrique

Rodríguez, Paulino Paz, Avelino y Ramón Ferreira y José Francisco Álvarez, su presidente.

BREVE BIBLIOGRAFIA.

Periódicos:

- Revista *LA MODA*, edición facsimilar editada por la Academia Nacional de la Historia en 1938.
- *El Iniciador* de Montevideo, edición facsimilar del periódico, editado por la Academia Nacional de la Historia en 1938.
- *El Estandarte Nacional*, periódico fundado en Córdoba por Vicente Fidel López, cuyos ejemplares se encuentran hoy en la ciudad de La Plata (Biblioteca de la Universidad) y que fueron filmados para el autor de esta publicación.
- *La Voz de San Justo*, ejemplar del periódico de fecha viernes 18 de noviembre de 1977.

Obras:

- ARAOZ de LAMADRID, G., *Memorias*, Buenos Aires, Jackson, 1953.
- BISCHOFF, E., *Imagen biográfica del Dr. Manuel Lucero*, Córdoba, 1988.

- GHIRARDI, O., *La generación del '37 en el Río de la Plata*, Córdoba, Academia Nacional de Derecho y Ciencias Sociales, 2004.

-GUTIERREZ, J.M. , *Estudio sobre las obras y la persona del literato y publicista D. Juan de la Cruz Varela*, Buenos Aires, Imprenta y Librería de Mayo, 1871.

- LOPEZ, V.F., *Evocaciones históricas (Autobiografía)*, Buenos Aires, Jackson, 1945, 4ª- edición. Se puede consultar, igualmente, su *Manual* y su *Historia*.

- MARTINEZ PAZ, E., “Córdoba (1810-1862)” en *Historia de la Nación Argentina*, dirigida por Ricardo Levene, Buenos Aires, El Ateneo, 1946, 2ª. Edición.

- MARTINEZ, J., *Esteban Echeverría en la vida argentina*, Buenos Aires, Ateneo Liberal Argentino, 1953.

- QUESADA, E., *La batalla de Quebracho Herrado*, Buenos Aires, Artes y Letras Editorial, 1927.

INDICE

I. De Buenos Aires a Córdoba.

1. La partida.
2. El movimiento revolucionario.

II. El periódico “EL Estandarte Nacional”.

- Número uno.
- Número dos.
- Número tres.
- Número cuatro.
- Número cinco.
- Número seis.
- Número siete.
- Número ocho.
- Número nueve.

-Número diez.

-Número once.

-Número doce.

III. La Asociación de la *Joven Argentina*.

1. Asociación.

2. Progreso.

IV. La batalla de Quebracho Herrado.

- El parte de Oribe.

- Versión de T. Iriarte.

-El parte de Lavalle

-La opinión de Joaquín MARTÍNEZ.

-Consecuencias de la batalla.

V. Conclusión.

VI. Notas.

VII. Breve bibliografía.

VIII. Índice.